



Tomás Carrasquilla

MEDELLIN

Tomás Carrasquilla

MEDELLIN

Cuando se te deja por largo tiempo para tornar de nuevo a contemplarte, se pueden apreciar mejor que siempre las buenas partes que te concedió Naturaleza. Surgen, entonces, en su oriental magnificencia las limpideces de tu cielo, el esplendor de tu luz y tus colores, los perfiles y lontananzas de estas cordilleras que te guardan, las bizarrías tropicales del valle donde te asientas soberana. El corazón se ensancha ante la alegría y la vida de tus contornos, y al espíritu se le abren horizontes al es-

Por fuera.

paciar la mirada en tus distantes, caprichosas perspectivas. Admirar lo lejano, las cumbres detrás de las cumbres, los cerros tras los cerros, la colina que se desprende de la falda, los sotos que se escalonan, los collados que se levantan, las quiebras por donde corre el agua, la opulencia de la vegetación, es, seguramente, uno de los goces más puros y más intensos del alma. Eso reconcilia y ennoblece. ¿Cómo no? Quien tenga ante sí algún cuadro grandioso tiene de sentir su influencia, y ante las lejanías el ánimo se difunde, vuela como el ave que se escapa de la jaula, y volando, volando, gira y se cierne en el ensueño.

¡Oh Medellín! Todo esto y el sortilegio indecible de tu conjunto, y el prestigio de las innúmeras, diversas ha-

bitaciones que te circundan, y la vida infatigable de tus hijos; el sudor cotidiano, ya en el surco, ya en la fábrica, ya en la lid solitaria del campesino hogar, forman de tus contornos una síntesis de poesía y sugerencias que ilustran y embellecen la mente.

Juzgado desde este punto de apreciativa, eres tú, ciudad risueña y soleada, comarca bendecida.

Bien pueden tus habitantes, éstos que hinchen el ámbito de tu recinto urbano, irritarse los unos con los otros; bien pueden dedicarse mutuamente los peores de sus ceños, maldecir una mitad de la otra, como es de rigor en toda humana montonera; pero si alguno de estos fastidiados detiene la mirada en el medio físico en que se agita, tendrá de serenarse, como el niño añorante a la vuelta de su madre. Tus gentes, Medellín hermosa, no necesitan unas de otras para aliviar sus tedios y pesares: con tu naturaleza tienen.

Ya expusieron Cantú y Emerson, con toda su sabiduría, que los paseos al campo y sus espectáculos son el placer supremo de la vida. Si esto es así, está resuelto para tus hijos del internado el eterno problema del dominical

aburrimiento. Casualmente que en el campo se siente, en los días festivos, entre la calma de los trabajos suspendidos, algo religioso y solemne que se dilata por dondequiera.

Será, tal vez, la voz de Dios que llama a la oración. Será el ánimo que habla por boca de ángel en el reposo del Domingo, entre la yerba de los prados o bajo las frondas de los mangos.

Mas es lo cierto que con ese aire de los campos que lava los pulmones viene un oxígeno moral que amansa las entrañas tormentosas, que empuja el pensamiento a las serenidades de la meditación, que da salud y vida a cuerpo y alma.

¡Bien hayas tú, Medellín, con estas tus afueras benéficas! ¡Bien hayan con ellas tus moradores afortunados!

En las cumbres, fal-
 das y estribaciones de es-
 tas cordilleras andinas
 que circunvalan la ciudad, así como en
 el fondo de su valle, demoran, a ve-
 ces dispersos, a veces inmediatos y en
 cantidad considerable, los lares y pe-
 nates de nuestros típicos montañeses.
 No pierden su carácter por más que
 pueblen los alrededores de un centro cul-
 to: son los mismos que habitan las sie-
 rras abruptas, distantes de las capitales
 antioqueñas.

Nada de latifundios por estas inme-
 diaciones medellinenses: tan parcelado
 está el terruño, que cada hijo de veci-
 no, así sea mayordomo de magnate,
 asienta su fogón en lo propio. De aquí
 el esmero en sus casas, en los traba-
 jos de su vida ordenada de gentes pa-
 triarcales y hogareñas; de aquí sus ai-

Por más afuera.

res y el prestigio que dan la posesión y la
 tenencia. No habremos de referirnos, des-
 de luego, ni a las fábricas ni a las numero-
 sas residencias de recreo de los ricachones de la ciudad;
 tratamos de la gente hacendada y labriega que empapa la
 tierra con el sudor de su lucha.

Arriba los leñadores y carboneros, que explotan los
 montes; los que cultivan campos extensos de lirios y gla-
 diolos, de nardos y azucenas; toda esa flora menuda, esas
 yerbas para aliño, de las tierras altas, que les reportan
 mejores granjerías que granos y tubérculos. Más abajo las
 vacadas, las bestias, que constelan como regueros de pé-
 talos la limpieza bucólica de los prados; los potrancos y
 recentales triscadores, la leche providente, el queso que
 da la delicia y la vida. Por vegas y declives la yuca, que
 se alza como en zancos inclinados; las plataneras, que
 refrescan y velan las cabañas con el lujo de su follaje y
 la lujuria de sus racimos; los maizales, que colman tro-
 jes y demarcan lotes asimétricos con sus verdores pálidos.

Arriba, como abajo, los frutales, las legumbres, las
 aves familiares, que dan utilidad y regocijo. Arriba, como

abajo, el agua de Dios que, con la salud y la belleza, trae mayor valor a la propiedad. Arriba, como abajo, el airón de humo, emblema del vivir, la faena sin tregua, la casa, la familia con toda su trascendencia y poesía.

Hasta en su aspecto físico se le nota. Como el agua y las ramas barredoras nada valen, brillan los suelos, y brillan las paredes, y brillan los cacharros y utensilios. Como el que tiene el sentido del hogar ama su ornato y su decoro, las enredaderas cuelgan por bardas y corredores; se columpian las parásitas en cestas de bejucos; alaban al Señor las flores policromas en las eras de los patios; le alaban por los cerros y vallados los cactus y las pencas, y la sombra bendecida de los árboles coposos cubre y ampara todo aquello.

A fuer de montañeses y sencillos son devotos y rezanderos estos cristianos de los campos. Rosario al acostarse, alabados al amanecer, amén de jaculatorias a cualquiera hora. Veneran con fe ardiente y amorosa la imagen de algún santo; la ornan de flores, de cardos, de perendengues ingenuos, entronizada allá en el punto más culminante de la casa.

Mientras los hombres bregan con animales y cultivos, las mujeres se las han con el ordeño y el aderezo de los quesos, sin contar sus labores en el fogón y en la piedra, en el corral y en el lavadero, en la costura y el zurcido.

El trabajo de unos y otras es la consigna en que compiten; es la ley ineludible que Dios impuso, y es el ideal colectivo de la familia. De ella se van desprendiendo otras, como de la almáciga los árboles que poblarán el plantío. Y como todo trabajo enaltece, y como la mayoría de estos campesinos antioqueños son de casta más o menos hispánica, de tipo escultural y vigoroso, y habidos en legítimo consorcio, ella va formando, primero en la cabeza de su distrito, luego en la de su Departamento y, por fin, en la de

su nación, esta aristocracia montañera, tan diversamente calificada. Tendrá ella, como todo, sus lados negativos; mas no cabe dudar que esta aristocra-

Tendidas en lo llano, en declive por las pendientes; encaramadas en las cumbres, campean risueñas, más o menos cercanas a la ciudad, hasta trece poblaciones, cual hijas recatadas que no quieren apartarse de su madre. Casi todas la rodean, en busca del regazo providente; se ponen otras a cierta distancia, por no hostilizar ni quitarle el aire, que tanto necesita su grosura sofocante.

Hay tres o cuatro, mayores de edad, que han puesto casa aparte; otras que

cia que no se cifra en blasones nobiliarios ni en méritos ajenos de antepasados ilustres, sino en sí misma y en sus facultades iniciales, es la única que tiene razón de ser en esta democracia americana que se va imponiendo al mundo.

Sus pueblos.

se amparan todavía bajo el alero materno, y otras que no han salido de la infancia. Famosa es una de las mayores en aquello de crear hijos para el cielo. Cuentan que posee un riachuelo tan prodigioso, que mal año para las aguas consagradas de Lourdes. Dos o tres frutos opimos de bendición son frecuentes en cada hornada; se ha dado el evento de doce en una misma, los cuales se volaron al empíreo luégo al punto; se ha dado el caso, trascendental y hermoso, de una nobilísima señora que dotó al cielo y a la patria, y puso a su servicio treinta varones y tres hembritas por añadidura.

Con la gracia que entre esta gente envigadeña se encuentran a cada paso tipos clásicos de la hermosura humana. ¡Pobre Malthus!

Los milagros de San Progreso, por ministerio de Su Alteza el Riel, han cercado a Medellín, junto con los caudales del Magdalena voluble y del Cauca borrascoso, varias poblaciones de otros vericuetos municipales. Claro que ella los ha prohijado, como patrona común de esta Antioquia negociantona y enredada.

Todos estos lugares, muy especialmente los circunscritos en la cuenca del Aburrá, brindan al medellinense con sus frondas edénicas donde se alzan las palmeras y las acacias, el ciprés y los sauzales; donde dispersan sus fragancias los jazmineros y los rosales, el áloe y el naranjo. Le brindan con la música y la riqueza de sus frutales y de los chorros de sus arroyos, con sus ejidos geórgicos donde culmina por la gracia y la limpieza, a veces la cabaña, a veces el chalet, ahora las quintas señoriales de recreo, ahora la fábrica atrevida que lanza a los espacios su pitar agudo y su cimera de humo. Le brindan con sus baños remansados o torrentosos, con la magia de sus paisajes y de sus puntos de vista.

Le regalan los lugares altos con su éter vivificante, con la paz arcadiana de su silencio, con la contemplación fi-

losófica de lo lejano, con lo profundo de lo azul de las noches estelares, más eficaces, acaso, que las mismas de plenilunio.

Si pagano se puede ser abajo, con aquella naturaleza y aquel hervir de Afrodita, se puede arriba levantar el alma hasta los abismos donde flotan las de Pascal y de Pitágoras, y orar y ofrecerle a Dios toda obra, y hacer de una vida efímera una oblación sempiterna, y dormirse para siempre en el seno misterioso del Infinito. Este Medellín, con sus pueblos comarcanos, con sus nexos de comercio y de familia en todo el Departamento y fuera de él, habrá de resultar con algo bueno y significativo.

Estos contrastes entre el vivir febricitante de nuestra ciudad y el reposo de nuestros campos; este engranaje

entre lo urbano y lo rústico; entre lo noble y lo plebeyo; entre las clases ricas y el proletario; esta permuta sin tregua de los unos con los otros, habrá de ser, por nuestras condiciones étnicas y geográficas, una armonía y una fuerza. La armonía estará, cabalmente,

No tiene leyendas como el Rin, ni sacros misterios como el Ganges; genios y ondinas desdeñaron sus aguas; ningún poeta le ha dedicado una estrofa; para nada le mencionaron las tradiciones mentirosas; la horda primitiva que trasegó por sus márgenes no le consagró siquiera la más salvaje de sus admiraciones; la superstición y los agüeros del alma castellana jamás forjaron a su costa

El río.

en lo diverso de las partes; en lo heterogéneo de esta nuestra raza, medio rebelde, medio refractaria, en cada individuo pretende acentuar su personalidad y obrar según sus dictados. Estará la fuerza en el interés colectivo y en el amor a la patria chica, a los nativos lares, tan pronunciados en las regiones montañosas, alejadas de litorales y fronteras.

ningún espanto ni de diablos azufrosos ni de ánimas en pena. El Aburrá es un humilde, un ignorado, un agua sin nombre. Como los buenos y sencillos, trabaja en el silencio y en la oscuridad. Y trabaja; ¡Dios lo sabe! Él riega y fertiliza los campos de esta Villa que quiso darle un nombre; él la embellece y la refresca; le regala sus linfas deliciosas y el detalle virgiliano de su paisaje; él recoge, para abonar a su paso las tierras labrantías, cuanto asquea y estorba a su señora.

No fueron sus corrientes para naos y menos para velámenes. Sólo las balsas rudimentarias de cañizos y los ma-

deros de construcción bajan, singlados y serenos, por sus ondas pausadas. No habita los fangos de sus recodos pez alguno de talla aventajada. Sólo la sabaleta, tornasolada y argentina, riquísima en espinas y en sabores, agota la paciencia del pescador de caña con sus malicias y esquiveces. Ni flamencos ni garzas pescan desde estas orillas sombreadas; pero los chorlos de Dios loquean aquí y allá, en busca del sustento, y las bandadas de patos errabundos bajan de vez en cuando en busca de su muerte con estas escopetas traicioneras.

Pero si no la fauna, la flora: el písamo y el carbonero, el alcaparrón y el cámbulo, el arizá y la batatilla le riegan sus pétalos y su polen por entre los rastrojos de florecillas diminutas.

Baña el sauce sus ramajes desmadejados en los charcos de la orilla, mientras la cañabrava tremola en lo alto el plumón desmelenado de sus flechas.

Si no mitos poéticos ni agoreros, la realidad casi intangible de este metal por todos perseguido. Desde aquí lo arrastra en sus arenas y luego se lo desgranar en su fondo los aluviones de San Esteban y Barbosa.

Una vez enriquecido cambia su nombre, como toda persona que estime sus dineros. *Porce* es ya todo un señor río, lleno de honores y dignidades; un río que recibe muchos tributos y atesora muchísimos valores. Mas todo esto y algo más que se omite son apenas los prolegómenos de su potencia áurea; más arriba da vértigo; no le basta ya el ser *Porce*: necesita ser *Nechí*, nombre agudo e inquietante. El Dorado, aquel delirio calenturiento de la hispánica codicia, yace encantado bajo los antros de su fondo. Mas es lo horrible que algún genio hosco y egoísta debe custodiarlo. Si algún mortal venturoso ha captado algunas partículas del depósito ingente, otros han hundido en esas aguas endiabladas su fortuna, su porvenir, su salud y hasta su vida. ¡Cuánta riqueza arrastrará el *Nechí* al

Cauca; cuánta el Cauca al Magdalena; cuánta éste al Caribe tenebroso!... ¡Y nosotros aquí, tan tristes, tan abatidos, tan enfermos con esta sed del oro! ¡Ah, dolor!...

Tendremos que acogernos a la poesía, hermana del hambre. Casualmente que si nos alejamos un tantico de la Villa, toparemos el río como en sus tiempos mejores: bosquecillos discretos de guayabales y suribios, matorrales de juncos y hojasantas; senderos que ondulan por entre la yerba, rincones soledosos de follaje, donde aletean las musas y arrullan ronco las palomas de Eros. Encantadoras orillas las de este río, que produce fiebre.

En otro tiempo, ¡oh Aburrá hidalgo!, fuiste para los medellinenses consuelo en sus quebrantos, solaz en sus trabajos. Granuja que se perdiese, chi-

cuelo que hiciera novillos, ya se sabía dónde se le hallaba. Por arriba o abajo del "Puente de Colombia" te invadía los domingos la estudiantina bárbara. Era la horda anfibia que trasegaba todo el día de tus riberas a tus corrientes, de tus arenales a tus bosques; un juego de aguas y un zambullir perpetuo, entre las hartadas de naranjas y los atracones de guayabas, entre la disputa horrenda por el quesito y la panela.

Aún recuerdan los viejos con delicia retrospectiva, las tandas de damas mañaneras del copete que subían muy frescachonas, San Benito arriba, la cabellera al aire, terciado el pañolón, bajo los dombos protectores de sus sombrillas. Seguíanlas sus fámulas, portadoras de las ropas acuátiles, encarrujadas con la escurrida.

Pero, ¡oh río manso y hospitalario! Lo que es gente ¡no volverás a remojar junto a tu Villa!

La edificación urbana ha invadido tus dominios, y los trenes ferroviarios te pasan por la cara. La policía de la civilización no admite en tu regazo ni paños a la griega ni olímpicas desnudeces. Sus trajes de paraíso se los reserva para centros más cultos.

Frente a tu señora no podrás hacer tus contorsiones ni correr por donde quieras. Tus bancos de arena, tus serpenteos, los dejas para afuera. Aquí te pusieron en cintura, te metieron en línea recta; te encajonaron, te pusieron arbolados en ringlera.

Has perdido tus movimientos, como el montañero que se mete en horma, con zapatos, cuello tieso y corbatín trincante. Mas nunca faltarán en tus riberas ni poesía ni

La ciudad se desarrolla, se extiende, se ramifica a la redonda, bien así como encina centenaria. Y si por las ramas se deduce el tronco, por los arrabales habrá de suponerse la cepa de donde nacen. Arrabales pintorescos los de esta Villa de luces y colores. Su topografía y situación presentan a cada paso una variedad traviesa y divertida, por su aspecto mismo y por las vistas tan diversas que desde ellos se abarcan. Aquellos de "La Asomadera", como quien dice, y éstos que bordean las partes altas del Santa Elena, tienen el

hermosura: que por mucho que te dañen la simetría y el confort urbanizadores, nunca podrán avasallar del todo el desgaire armonioso de tu gentil naturaleza.

Siempre se oirá a Pan en tus orillas; siempre tributarás tus oros a los pulpos y monstruos submarinos.

Arrabales.

encanto de lo tortuoso, de lo ondulado; el prestigio indecible de las cosas viejas. Son lugares de égloga, de soledades y de perfumes. En ellos se apaga el bullicio de la ciudad y se inicia el ruido de los campos, la sinfonía rumorosa de aves y de frondas, de aguas y de insectos. Se siente en esos confines tan discretos el sosiego saludable, la paz del

pensador, que ablanda corazones. Más acá apenas si alterna la voz humana con el mugido de las vacas, el ladrar de los canes y el clarín penetrante de los gallos.

Los árboles añosos vestidos de parásitas, casi ocultan esas casas, que sólo frecuentan sus habitantes. La mujer remienda a la puerta; el gato duerme en el poyo, mientras el plumón de la cocina sube al cielo como una plegaria.

Lo simétrico, los convencionalismos del método nada tienen que ver con estas barracas de pobres que ha ido juntando el acaso. De aquí su carácter, su colorido local, y esos detalles y contrastes que tanto buscan los paisajistas. ¡Qué de primores sacara un Borrero de aquellos rincones de La Castro y de La Canguereja; de aquellas encrucijadas de Campoalegre, y de esas

callejas imposibles de Revientaquijadas y de Loreto! Mas, si los viejos sugieren, no les van en zaga en sugerencias opuestas los suburbios nuevos. Como tales, han sido trazados según planos de maestros; y, aunque solos todavía, no se siente en ellos nada ingenuo ni meditabundo. Si lo nuevo admira, no hace pensar demasiado. Será porque no se le sabe su historia y porque el recuerdo no lo poetiza.

Mira allá, por las alturas de Versailles, a las luces postreras de la tarde; mira por Majalc, por el Alto del Caballo, por las calles de Santana, por las pendientes de Enciso y de Villahermosa. Acá, las construcciones magnas; el orfanato, las casas de mendigos, las hileras de casitas iguales y metodizadas que la caridad del rico ha ofrendado al desvalido. Blanquean sus paredes y culminan sus techos medio rojos en las opulencias. Alternan con tan prodigiosas construcciones la quinta de fiestas y regocijos mundanales, o la que antes luciera en campo raso, arrollada ahora por la balumba urbana.

Más acá, escalonadas en ringlera, como muchachas que subiesen en romería, se diseminan las casitas de los obreros, blancas, geométricas y acicaladas. Siguen muy sumi-

sas y formales la consigna e insinuaciones del Medellín futuro, bien al contrario de esas habitaciones de Versailles y de Enciso, salidas muy tranquilas de la formación reglamentaria. Por eso se ven tan lindas y tan coquetonas.

Mas donde impera la disciplina y mandan el plano y la ingeniería, es en los barrios flamantes de Manrique, de Restrepo Isaza y de Berlín. Todas esas calles nuevas empalman con las viejas, por recursos más o menos sabios.

¡Qué barriadas! Apenas nacen y ya se alzan a mayores, albas y señoriales, como de casta infanzona. Y lo serán, acaso: Medellín tiende al norte cual la aguja, y a las alturas como el humo. Septentrión y cerros fueron siempre blasonados. En cuanto los enmarquen los verdores y los abaniquen las palmeras, serán las eras más lozanas de este jardín destapado de casas y de iglesias. Acaso sea también un foco luminoso de almas creyentes y levíticas. No haya miedo que las contagien los palomares bloquistas de más abajo; ahí tienen cerca los del manicomio y de Jesús Nazareno, donde las almas se concentran con las medicinas del apostolado.

La Sociedad de Mejoras Públicas cifrará sus complacencias en estos barrios florecientes. Si sus ansias de progreso los forjaron, realizólos el civismo de nobles propietarios, que, con plausibles gestiones, facilitaron al pobre la adquisición de un pedacito de tierra ciudadana donde plantar sus penates.

Estos barrios, así como los otros de esta ciudad atrayente donde se acoge todo el Departamento, serán la manifestación paladina de alguna cualidad harto significativa del carácter antioqueño. En toda casita, así sea la más humilde y desprovista, se nota luego al punto pulcritud y arreglo.

Ahora bien: pueblo que aspira a techo propio; que detesta el pajizo por lo feo y primitivo; que encala y pinta sus viviendas; que ordena sus muebles

y los tiende con trapos aseados; que cuelga algún adorno en sus paredes; que entreteje en sus tapias rosales y enredaderas, no podrá ser nunca la gleba mísera y avasallada. Pueblo que se baña, que se afeita y muda de ropa, no será nunca la canalla astrosa del hampa.

Náce más arriba de la meseta destapada, entre los fríos y vendavales de las cumbres andinas; nace en medio de esa vegetación musgosa y desmedrada de las tierras altas. La paz, una paz cenobítica henchida de inspiraciones saludables, se cierce en esos campos como el genio tutelar de la comarca. Es aquello punto culminante en estas

La quebrada.

El amor a la propiedad, a la independencia, a lo limpio y a lo bello, es, seguramente, un reflejo exterior de algo muy excelso y muy delicado del temperamento. Y en el temperamento están el carácter, el nivel, la aristocracia o plebeyez de cada uno; no en el puesto jerárquico o social que le tocó en la vida. Un pueblo así constituído tendrá pocos candidatos para el presidio y el asilo: los tendrá para las dignidades y los honores.

ramificaciones de montañas que nos cupieron en lote. Fueran moros los conquistadores de estas serranías si no hubiesen bautizado esta eminencia con algún nombre glorioso del santoral católico. Les cuadró para ella nada menos que el de aquella emperatriz predestinada que encontró la Vera Cruz de Jesucristo entre los escombros de la ciudad deicida.

En estos parajes brotan manantiales que al fin se juntan en uno como arroyuelo azulado y gélido. Ni los mismos chapetones, tan creyentes, le atribuyeron nunca vir-

tudes milagrosas. Bien entendieron ellos mismos que era más para reumas, que para curas. Si no milagros de salud en nuestra era, debió de hacerlos de empuje en tiempos prehistóricos.

Acaso fuera aquella cumbre medio abarquillada una balumba de agua contenida que al fin rompió la peña y formó la encañada por donde todo aquel elemento se fue escurriendo, para poner en evidencia y en casilla aparte las manas causantes de tal charco. Si esta gesta del agua acaeció antes de la epopeya tremenda que tornó en este valle ameno lo que antes fuera lago ingente, debió de ser aquel chorro de la cumbre uno de sus constantes sostenedores.

No se precipita descompuesto ni desmelenado; como buen antioqueño, baja un poco bullicioso y alharaquiento. A medida que desciende se va haciendo el interesante, con lo que engorda, viste y supone. ¡Y qué lujos se gasta el tal Santa Elena! Músicas alternadas de aguas y espe-suras, coros de cuadrúpedos y de bichos, colinas turgentes entre escarpas y peñascos, senderos de poleo y yerbabuena entre pedrejones revestidos de cardos y de viravira.

¡Qué sé yo!... Cuando llega a la ciudad y la atraviesa de lado a lado, es un magnate, si no fiero y desalmado, con aires de posesión y de conquista. No los depone por más que lo llaman "La Quebrada", a secas, con esta confianza y este prosaísmo montañeros.

Sus ínfulas, más que fluviales son humanas, pues resulta que el tal riachuelo es un advenedizo de lo más metido: en los primeros tiempos de esta Villa blasonada no la atravesaba por ninguna parte: quedaba afuera, en sus ejidos del Norte, y no tenía tan siquiera puentes maromeras de un solo palo. Mal podía tenerlas el muy desatentado. Estas calendas de los bosques tupidos, de los rastrojos trepadores, fueron las de sus magnos caudales. Sus crecientes arramblaban con cercos y ganados, con arboledas y con casas.

Hacían época, como las catástrofes. ¡Y ver ahora! De Dios y ayuda necesita la pobre para arrastrar al río lo que no quiere nadie que se le quede adentro. ¡Pero eso sí! Lo que son puentes los tiene la re seca a qué apetece boca: una gama de puentes, una teoría, que dicen los pintores. Los primeros de arriba son todavía medio primitivos; los del centro, sólidos y aparatosos. El último, con su esqueleto de paquidermo apocalíptico, surge de improviso, terriblemente ferroviario, allá cabe las vegas idílicas y los remansos prohibidos del Aburrá urbanizado.

Las ranas gemebundas, cual plañideras *ad honorem*, le entonan una elegía glorificadora, antes de que el río se lo trague. El riachuelo ha probado al mundo, por hechos inconcusos, que cualquier caño arrastra-hojas puede ci-

vilizarse a tiempo de su muerte. La geografía popular, base de la científica, la ha dividido siempre en “Quebrada Arriba” y “Quebrada Abajo”. Inventemos nosotros, a nuestro turno, la “Quebrada Media”. Será ésa la que demora entre las carreras de Junín y Tenerife.

Bien que esta sección tenga sus sauzales y sus frondas enmarañadas que se retratan invertidas en las aguas; bien que tenga volados y caprichos en sus márgenes, jamás se le ha considerado digna de pincel alguno: se la utiliza como desaguadero; como desaguadero y nada más.

Así y todo, la leyenda, que de todo se aprovecha, la ha consagrado con el famoso y extinguido “Puente de Arco”, reemplazado hoy por otro sin corcova y con balustrada, un si es no es ramplón. Cuentan que Caldas construyó el antiguo, y que él mismo, con sus manos de sabio y de patricio, labró las piedras, desde los estribos hasta el pasamanos.

Entre esta carrera y la de Carabobo existía, cuando ésta no pasaba del “Puente de las Pisas”, una calleja honda y tenebrosa, de historias negras y de escandaleras coloradas, llamada por todos la “Calle del Infierno”. En

su ámbito villanesco más habitaría la miseria que el delito; pero despertaba siempre malos pensamientos, con sus trapajos al sol, sus mujeres astrosas, sus hombres atisbando de soslayo detrás de los ventanucos, y más que todo, con su mugre y su piso tan hundido y tan al borde de esas aguas traidoras. Luégo, al convertirse en calle medio urbana se fue modificando un tantico, y por último fue arrasada por completo. Le levantaron el subsuelo, le echaron balasto encima y le sembraron sauces llorones, hasta formar eso a guisa de malecón, tan transitado hoy en día. Bien merece que los soñadores le erijan en el centro un monumento a la Quimera.

La "Quebrada Abajo", aunque habitada desde tiempos remotos, no tiene consejas de ningún linaje, ni ha prestado muchos servicios reservados. Sus caserones solariegos, así como sus cabañas, han vivido aislados entre sus umbrías arboledas, recogidos en las delicias pacíficas y hogareñas. Si hoy mismo, cuando la han invadido la edificación y la vía férrea, se muestra aún esquiva y soledosa, cuánto y más lo sería en sus buenos tiempos, cuando era campo neto de hidalgos patriarcales y de plebe humilde. Tales

serán su retiro y su calma, que por allá se han fundado hogaño dos monasterios nada menos: Mendicantes y Siervas del Santísimo. Muy otra cosa la "Quebrada Arriba". Siempre fue ella alborotosa y levantisca en la parte alta; fastuosa y aristocrática en la céntrica. De tiempo atrás tuvo en estas quintas majestuosas y señoriales, tuvo juegos de agua, jardines y arboledas a la vista y contemplación del transeúnte.

Era el lugar obligado para caminatas, jiras y paseos de las gentes elegantes del cogollo. Los cachacones del rumbo iban a lucir en esas avenidas sus corceles y aperos de alto precio; las damas y los pepitos, sus trapos a la última; el pueblo, su limpieza; sus travesuras la chiquillería. No tenía posición ninguna quien no se mostrase por estas márgenes fashionables. El

primer coche que rodó por esta Villa (el año 72, por más señas) hizo su estreno playa arriba y playa abajo, por entre el gentío pasmado y ojiabierto.

Epifanio, el vate dulcísimo de nuestras breñas, les cantó a las ceibas de estas playas, y bajo la sombra del laurel o a la proyección de la palmera, esperaba junto al agua los secretos de su musa campesina.

Como entonces estaba muy en moda "la argentada luna" y el sol no se había vulgarizado, y no existían los microbios, veíanse día y noche las tandas de papás y de hermanos cuidanderos,

Se incorpora apenas, por estas faldas del oriente, cual una raíz de la cordi-

El Alto de las Cruces.

pastorea que pastorea las parejas de amartelados. Cuántas veces los murmurios del agua acompañarían los gratos juramentos; cuántas la cola de la brisa llevaría entre sus plumas estrofas de Espronceda, recitadas al oído.

La "Quebrada Arriba" era la cosa única, lo nunca visto, con que se hacían fieros a cuantos extraños nos visitasen. De ella se sacaban croquis, vistas, dibujos, para regarlos por los cuatro vientos. De ella se decía y nunca se acababa. ¿Y hoy? ... ¿Se ha dañado acaso la "Quebrada Arriba"? Al contrario: se ha mejorado de una manera increíble. Si antes era hermosa, es ahora imponente. Pero ... pero ... ¡ya no se usa! No se usa, como no se usan ni el jazmín del Cabo ni la rosa de Alejandría.

Y la cesantía por moda es la claudicación, es la muerte, el olvido, el desprecio: es ¡lo pasado!

llera que fuese a descender hasta el río. No se empina ni se eleva demasiado: cualquiera trepa a su cumbre en un instante. Jamás acae-

1919

ció allí suceso alguno de contarse, ni es tampoco, con serlo mucho, el sitio más hermoso de estos contornos bienhadados.

Sino que es punto de vista; el punto preciso para apreciar, en todo su aspecto meridional, este rincón del planeta, donde se asienta la ciudad del negocio y del contrato, patrocinada por Mercurio. Todo el lujo de su Valle, todos sus caprichos topográficos, todas las lejanías de estas montañas que lo circundan unas tras otras, puede contemplarse desde esta eminencia que no se destaca en su cielo luminoso.

A Medellín la han cantado desde el Alto de Santa Elena, desde el Alto de Medina, desde el Boquerón, acaso. Pero jamás ninguno de la caterva apolínea, con ser tan numerosa en esta tierra filistea, le ha consagrado una décima desde el Alto de las Cruces. Y vale la pena si el poeta, a lo Mistral, sabe sentir la belleza solemne de este ambiente físico.

Está el Alto lo bastante lejano de la Villa para apreciar su perspectiva, lo bastante próximo para no perder sus detalles: está para la síntesis y para el análisis.

La agrupación urbana, el centro como quien dice, se ve desde allí de soslayo, de sesgo enteramente; se ve sin el sistema de su trazado, como construido al acaso entre huertos y arboledas.

A la luz vespertina de este cielo esplendente aparece mirífica y fantástica en una transfiguración gloriosa de formas y de colores. Sus proyecciones y relieves tienen algo loco, que sugiere una arquitectura imposible. Luces y sombras se pronuncian, en exageraciones de impresionismo. Albean sus paredes, como inflamadas; sonrían de vez en cuando el azul, el rosa, el amarillo; se matizan los techos del rojo al negro, del gris al pajizo. Es aquello como trabajo de tapicería.

Culminan los templos y las fábricas magnas con la majestad de lo distante.

Ante la mole de la Catedral ingente, todo se ve enano y rastrero. Es la pastora entre el rebaño. Ella impera soberana, hasta en lo físico, con su estilo románico y su púrpura cardenalicia. Luégo al punto se comprende que es ésta la urbe del catolicismo oficial y aparatoso. ¡Viva Castilla la Vieja!

Los barrios y camellones que se van derivando del grueso de la ciudad parecen las patas de una araña cuando teje. ¿No habrá de tejer y enredar y atrapar la Villa laboriosa, rica en argucias mercantiles? Dijérase que su conjunto oscilara, merced al éter vibrante de este suelo hondo, donde el sol se derrama; dijérase que todos aquellos verdores tímidos fueran a trabarse y a taparlo todo. Con este aire oriental y este como sopor de poesía, cualquiera pensara que es gente arábi-

ga sumida en el ensueño. Con todo, se cree y se sostiene a pies juntillas, que es Colombia, la feliz, emporio prosaico del agio y del logrismo pecuniario; la patria misma del botijón de Sancho Panza. ¡Quién sabe! Habría que sentar primero qué se entiende por poético y qué por prosaico. Bello, y con él tantos otros, creen que la Poesía es “de la soledad habitadora”, y ajena a los afanes del Comercio. Otros cantan el Oro y la Industria, que lo produce, como Ruiz Aguilera. Si todos pueden ser poéticos; si es un sentir que cabe en cualquier temperamento, la Poesía está en cualquier hijo de vecino. ¿Por qué, entonces, circunscribirla a lugares y oficios determinados? En este afanar vertiginoso; en estas aspiraciones a ser ricos, a disfrutar de la vida, ¿no habrá sus pocos de poesía? ¿No la habrá en gentes iletradas que no saben de rimas o no se preocupan de ellas? ¿No será poeta quien ignora que lo es? ¡Vaya! Es más hermosa una mujer si no se da cuenta de su hermosura. En todo caso, si hay Poesía en la pobreza inerte, tendrá de haberla en la riqueza activa.

Amén de sus vistas y panoramas, son estos Altos de las Cruces de suyo muy amenos y sedantes. Calles y quintas

festonean sus faldas, residencias aisladas constelan sus flancos; todo se mueve animado; la tristeza del vivir no se siente. Como un alerta de la liberación suprema, campea en un collado el Cementerio de los Pobres con sus muros castellanos henchidos de misterio.

Para que sean más inspiradores estos lugares del divisar grátísimo, median, cabalmente, en esta transición pictórica entre la ciudad y el suburbio. Todo convida en sus ámbitos: rumores de la urbe sentidos a lo lejos, pitar remoto de los trenes, campanas que llaman o piden oraciones, viviendas que no se aglomeran, compañía que no quita en balde la consejera soledad, trato que no empalaga, aires aromados de la altura... ¡qué sé yo! Y porque su prestigio sea saludable hasta para el alma misma, se le-

vanta por esos aledaños, allá sobre una colina ya medio sagrada, "El Monumento del Salvador".

Se alza ya imponente el pedestal augusto; pero Jesús no se ve encima sino en espíritu.

Piensan algunos que no debe llevar la colosal estatua, por ser aquellos lugares de pecado. ¡Por lo mismo debe colocarse cuanto antes! El remedio se aplica sobre la llaga, y el Hombre-Dios se codeó, acá en la tierra, por salvarlos, seguramente, con impuras y malhechores.

Polvo en el verano, fango en el invierno, necesidad en todo tiempo, son estas vías medio urbanas de transitar constante, por donde entra y sale cuanto la gente necesita. Su tierra, siempre remo-

Camellones.

vida por el gran arado del casco y la pezuña, de la rueda y de la rastra, del jarrete y del bordón humanos, es el censo in-

quietante para todo varón, en edad de sufragios ciudadanos; que toda gloria, así sea constitucional, va siempre contra el bolsillo del glorificado.

Y, comoquiera que lo útil e indispensable tiene de ser magnificado; como el instinto decorativo puede tenerlo cualquier cabildante burgués y poco artista, resulta que los cuerpos municipales se gastan sus rentas y sus humos en esto de públicos órdenes, máxime si son de cabeceras capitales.

De ahí la línea recta y las tiradas a cordel en estas vías donde principian o terminan las poblaciones; de ahí las cunetas y desagües sapientísimos, los puentes sobre cualquier hilo de agua; de ahí los balastos y los árboles en ringlera.

Esto de la siembra sin cogienda es signo palmario de adelanto urbano: ar-

borizar no es verbo para el campesino utilitarista e intonso. Supone, hasta en los mismos que lo conjugan, algún arbitrio culto de gentes que no viven en el monte.

En este valle de las vegetaciones invasoras y de los gérmenes que no mueren, se alzan por esos cercos camineros, ya que no los olmos ni los álamos, tan derivadores y nominales de avenidas, la pita y la piñuela como zócalos; como columnas, el búcaro y sauces; como bóvedas oscilantes, los guaduales y las palmeras.

Consolida, traba y resguarda esta arquitectura de troncos y ramajes el bejuco intruso de la batatilla y de la colombiana, las púas del curazao y de la zarza y las espinas enconosas de las higueras chumbas. Fórmanle el muro los bullones apretados de rastrojo indómito. La planta endeble, cual la mujer en su marido, se apoya en el arbusto vigoroso y a él se ciñe; bajo él medra, mientras el jazminero luce apenas la ingenuidad de sus estrellas candidas y ostentan los rosales sus galas turbadoras de festival erótico. Los pájaros, pintados y canoros, exentos ya de hondas y cerbatanas infantiles, merced a filosóficas sanciones, sientan en sus ramas sus amores, lanzan apasiona-

dos sus reclamos y entonan el brindis de la vida. No tanto así el amor proceroso de las aves: el familiar afecto que se concentra en la casa, que ansía el retiro y la oscuridad, no busca demasiado los caminos reales. Mas la disputa del pan tiende a esas vías concurridas, por ver de armarle el señuelo al mendrugo codiciado.

Con ventorros y fonduchos, más que con esas casas, se han ido poblando estas afueras frecuentadas, que acababan por unirse a la ciudad. Por cierto que estas ventas, con poyos y corredores a la vera del camino, donde se expende el aguardiente épico, son a menudo teatro cruento de riñas y camorras.

Parece que en los tiempos bendecidos por el Rey Nuestro Señor y de la Patria Boba, no había en esta Villa noble y leal más camellones que las vías naturales hacia el Norte y hacia el Sur; ésta, tortuosa y ondulada; aquélla, plana como una mesa: El Llano y La Asomadera, nada menos. Las vías hacia el Oriente y Occidente debían de ser, según cuentas, más atajos para bestias que caminos vecinales. Las pobres gentes de Oriente, que venían para acá o que iban hacia allá, debían de pasar las de Caín,

con las crecientes de este río, que no tenía, en ese entonces, ninguna cosa parecida a puente. Sería ese el reinado de la tarabita y de las maromas en la cuerda.

La Asomadera, que no tiene cuentas con el río, debió de gastar mucho auge por aquellos tiempos de marras. A juzgar por el aspecto de sus casas, por lo irregular de su trazado y de su piso, debió de poblarse, salga como saliere, en la infancia de la Villa. Sería la primera que se incorporó a su señora; sería el gran tráfago de trajinantes y de recuas, de palafrenes y de rastras, el retintín perpetuo de la herradura y el reniego a todo pecho del arriero en vigadeño. Y, como cae al barrio de Guanteros, se mantendría, de seguro, en bureo permanente. Pues habrá de apuntarse ahora que este barrio, así

como las barrancas de Ospina y de Caleño, afluentes a esa su gran calle que serpentea falda abajo, era en esos tiempos del catón de San Casiano, el lugar nefando y tenebroso de los bailes de garrote, de los aquelarres inmundos y de la costumbre hórrida. En esos antros se ofendía mucho a Dios y se le daba culto al diablo. No le cayó candela, pero sí se le quebró mucha teja en el terremoto de Imbabura.

Era entonces un insulto afrentoso decirle a alguno "guantereño". Pero, ¡oh mudanzas del tiempo! Guanteros es hogaño la viceversa de antaño. Sus casonas retocadas, muy enlucidas y pintadas, con santos en los zaguanes y matas conventuales en los patios, y su aire levítico, casi religioso, divulgan la gente formal, hogareña y rezandera. De ahí habrá huído el Malo: lo habrá

echado San Antonio, para que Cristo impere. Bien se ve que su entronización en esas casas virtuosas no es por armar la parranda ni por entrar en la moda.

Algo así, a La Asomadera. Es ahora un lugar de reposo y de silencios; una Arcadia transitada tan sólo por sus pacíficos moradores. Sus casucas de cerraduras asimétricas, sus árboles añosos, sus bardales revestidos de yedra, sus yerbajos, su lama y su vejez aseada, la imprimen un aire aldeano de recogimiento y sencillez donde se siente que aletea la musa inocente de la geórgica.

Alguna que otra casa nueva o remozada interrumpe con su tono flamante la evocadora armonía del pasado. Ella ha abierto sus callejuelas hacia arriba, como si se vengase de esos camellones de más abajo que le usurparon su antiguo poderío.

Afortunada estrella la de "El Llano". Tiene historia heroica y gloriosa. Baste saber que por el recinto de sus vallados entró por mucho tiempo todo el oro de las minas del norte y del nordeste de la Provincia. Baste saber que por allí entraron, asimismo, las huestes vencedoras de Berrió. Baste que en los tiempos jacobinos del gran Ren-

gifo y de la Mano Negra, hubo por esos camellones de Dios muchísimos adeptos a la causa roja, todos ellos de armas tomar y de godo aborrecer.

Aún hoy mismo, con estos vientos que soplan, conserva esa barriada su tufo muy subido de "bloque". Se habrá escapado de la prohibición aquella, porque en esos lados se levanta el monumental y archicatólico cementerio de San Pedro: que, si no, tuvieran esos barrios el encanto irresistible de lo ilícito.

Si como vía lo ha supeditado "El Carretero", no le aventaja en edificación, pues el progreso, que le tenía mucha gana, por lo plano y ameno, lo tiene ya en sus garras y no lo soltará hasta ponerlo cual se indica en el plano del Medellín futuro.

Por allá en la primera mitad del siglo de las luces se montó sobre el río el *Puente de Colombia*, llamado así por empalmar, naturalmente, con la calle de este nombre. Cualquiera supone el entusiasmo que tamaño acontecimiento despertaría. Comunicaba la Villa con las importantes regiones de Occidente, era el primer puente sobre el río y relegaba para siempre el vado a pie, la balsa y

la toa mercenarias. Al costo de tan rentora empresa contribuyeron voluntariamente los vecinos todos; penados y presos por deudas trabajaron en ella; señoras principales acarrearón materiales para sus estribos. Aquello fue un rito en la religión del adelanto.

Esa vía que prolongaba una de las calles que enmarcan la plaza principal; que pasa por San Juan de Dios y por el Hospital; esa vía, que daba a las playas floridas y sombreadas, tenía que ser de mucho esmero y embellecimiento. A ella le aplicaron, en efecto, todo el arte y la ciencia de la época, y fue por mucho tiempo el camellón de los camellones. "La Alameda" por antonomasia, se la llama en el día. Si no hasta el propio río, está hoy edificada en mucha parte. Por ahí se construye La Feria, edificio sui géne-

ris si los hay: una lonja de bestias, como si dijéramos.

Hace cincuenta años, más o menos, aconteció la gesta enorme en nuestras vías de andurriales: "El Carretero". Ni los ferrocarriles de ahora causaron tanto pasmo como este camino milagroso, por donde íbamos a rodar a impulsos del carruaje novelesco. ¡Y así fue! Vinieron los coches y vinieron los vagones, y vino "la diligencia" y vino El Edén y vino Cipriano; y hasta tranvía mulero vino después.

Como alargaba la carrera de Carabobo del Septentrión al Mediodía, quedaron abolidos El Llano y La Asomadera. Es plano todo esto, como superficie de estanques, y, cuando esté cuajada desde el Puente de Guayaquil hasta El Bosque, tendremos callecita de a legua.

Su historia, del Mercado para allá, fue siempre meridional e impetuosa; del Manicomio para acá no lo fue menos, por más que sea al norte y tenga su iglesia El Nazareno. Díganlo, si no, esas callejas que llevan unos motes...

Cualquier día del año 74 se prolongó hacia arriba, obra de cuadra y media y todavía extramuros, la calle de Ayacucho. Un ciudadano Rave levantó por ahí una venta con billares. "Buenos Aires", rezaba su letrero enorme. ¡Y tú que lo dijiste! Eso fue como un sortilegio ineludible! Vecinos y no vecinos acudieron. Quiénes, solar; quiénes, casa; éste, quinta; aquél, ventorro; arbolado el Municipio, iglesia los fieles, pronto cuajó aquello como por arte de encantamiento.

"Buenos Aires", con sus alturas y sus vistas, con su rambla y sus calles adyacentes y sus vertientes al Santa Elena; "Buenos Aires", con su éter, su Gerona y su Basílica, será siempre, en este suelo andino, el paseo sin rival.

Otros camellones han surgido; muchos surgirán todavía; pero tú, Buenos Aires, hermoso y saludable, dominarás siempre, imponente y soberano!

Como un signo + cuartean la ciudad la carrera de Carabobo y la calle de Ayacucho; aquella del norte al mediodía, ésta de oriente a ocaso. Ni una ni otra enmarcan la plaza principal, cual si quisieran valer por sus méritos propios. La carrera le pasa a una cuadra, por el occidente; la calle, a una cuadra, por el sur, para formarle aledaños medio regulares, siquiera por dos lados, ya que la calle y la carrera opuestas rompen el paralelismo del trazado, con su desvío la carrera, la calle con sus quingos fementidos y afrentosos.

A los tales debería jurar guerra a muerte la Sociedad de Mejoras Públicas, aliada con las potencias del Municipio y del Departamento, por más que se arruinaran en la lucha. Esa calleja angulosa, arrabalera y repelente, más para gitanos que para cristianos, es, en aquel punto tan céntrico, una ignominia para esta ciudad acicalada, que se gasta sus ínfulas y sus dineros en construcciones y reformas.

Carabobo y Ayacucho son las vías más largas de la ciudad progresista. La carrera la parte muy gentil de banda a banda; la calle arranca de la propia ribera del Abu-

Las calles.

rrá y se trepa glorificada hasta las alturas de Miraflores. A medida que se alejan de las estrecheces peninsulares, se ensanchan, se dilatan, se embellecen, bien así como las colonias de España se emanciparon. Por algo tienen nombres libertadores. Ni se sabe cuántas cuerdas miden; pues esto de cortes en las vías públicas es aquí como la ética: cambia según el lugar y el tiempo. Tiradas a cordel ofrecerían una perspectiva admirable; divisaríanse confundidas en un punto oscuro, allá donde la visual termina.

Bien se ve que los hijos de Pelayo, tan godos y tradicionalistas, quisieron imitar, en estas sus posesiones andinas, las calles irregulares y angostas de sus villejas castellanas. Tampoco era la época, ni menos ellos, para fundacio-

nes por planos. Lo que es esta ciudad, erigida por don Miguel de Aguinaga, la fueron farfullando, no a ojo de buen cubero, sino a la buena de Dios, por no decir a la diablo. Ni lo adecuado de la localidad, ni la alegría de su valle, ni la muralla azul de sus serranías, fueron poderosas a que estos fundadores, amigos de monasterios y santuarios, pusiesen alguna formalidad en el trazado o en el desarrollo de su villa, ennoblecida con todo y escudo y consagrada a María, en la más hebraica de sus advocaciones.

Estos recintos, cerrados por casas que llaman manzanas, y que suponen cien varas en cuadro, son aquí muy irregulares en sí mismos y harto desiguales entre sí por forma y medida. Pocas tienen sus ángulos rectos y contadas las de lados iguales.

Con frecuencia se pierde la recta en las demarcaciones murales, ya en línea quebrada, ya en línea ondulada, ya hacia adentro, ya hacia afuera de la calle. Hay manzanas en trapecios, en trapezoides y hasta en rombos; las hay combinadas, en rectas y curvas; las hay en formas al acaso; de las calles... ¡no se diga! Unas son culebras, otras garabatos, y algunas, mismamente esas centellas que pintan en los calvarios.

Las gentes que vinieron después, ¿qué iban a hacer para compaginar lo viejo con lo nuevo? Pues empeorar lo chapetón. Romper aquí; empatar allá; sacar manzanas en triángulo, en pentágono, en bonetes, en demonios coronados; apurar la hispánica torcedura: porque los muertos mandan, aunque nos pese a los vivos, mayormente en cosas que perduran.

Pero esto es lo de menos; lo de más es aquello de topetarse unas calles con otras; de interrumpirse aquí para seguir más allá, o para no seguir; es aquello de incomunicar, como si fueran para gafos o apestados.

Estos resabios coloniales, o si se quiere estilos, en achaques de edificaciones y ensanches urbanos, apenas si

han desaparecido de quince años para acá. No hace veinticinco principió el trazado de estas hermosas calles de Caracas, Perú, Bolivia, la Argentina y la Independencia, y, sin embargo, las cinco miden en su primer estudio, truncas, algo más de dos cuadras. No las partieron por la mitad como lo indica el sentido común. Tan vecinas y todo, han quedado harto incomunicadas entre sí. Romperlas ahora sería empresa de urbe mundial y millonaria.

El ensanche a la redonda, que ha surgido gradualmente y que se ajusta en lo posible a los planos del Medellín futuro, es rigurosamente regular en las partes recientes; mas, en el empalme y conexiones con lo anterior, pasa lo de siempre: añadijos y ziszás para empatar allá e ingerir acullá.

Esta es la eterna historia. Sólo las ciudades a la yanqui, con planos y diseños antes de escoger el lugar ciudadano, se escapan de este remendar incesante.

A muchos dizque les gustan mucho más las ciudades desconcertadas, torcidas, que las simétricas a líneas y a ángulos rectos. Si son Roma y Toledo, París y Edimburgo, claro que deben encantar con sus disloques centenarios:

son documentos en piedra y barro cocido: son poesía e historia. Mas, Pero Grullo, el gran sabio, nos ha revelado en muchísimo secreto, por supuesto, que las ciudades nuevas, que nada documentan, que no tienen el alma del pasado, deben ser a codal y a escuadra. El futurismo tendrá de esmerarse mucho en geometría y claridad, para que se entiendan bien sus confusiones.

No sabemos si Medellín habrá perdido o ganado con sus muchas y diversas torceduras, toda vez que no la hemos conocido de otro modo. Mas, cabe suponer que, si la duquesa de Éboli fue toda una beldad con su bizquera, más y mejor lo hubiera sido con ojos buenos y sanos.

Si a los de aquí se nos hace a veces medio enredada nuestra ciudad querida, ¡cuánto más se les hará a los ex-

traños! Y eso que está muy bien numeradita, con todas las reglas del caso, por calles, carreras y avenidas. Pero sólo el numerista, si saca el plano, puede saber por dónde principia y por dónde sigue la numeración de varias vías. Pues ha de saberse, por si alguien lo ignorase, que aquí hay carreras, numeradas y todo, de dos y tres cuadras. Hay una, por cierto, muy céntrica y arzobispal, que sólo mide una mera, y eso algo escaña; así como hay otras cuya numeración sigue a saltos, a través de calles y manzanas, cual si fuesen la hebra de una basta, o las aguas del Guadiana.

¿Quién no se deshila así? Y tonto, que, al dar aquí la dirección de una casa por el número de su calle, es hablar en sánscrito. Y no porque la gente no quiera habituarse al sistema nume-

ral de las ciudades norteamericanas. Nos habituaríamos luégo al punto. ¡De más! Aquí nos pirramos por las novedades, máxime si son de esos yanquis tan parecidos a nosotros, no tanto por lo positivistas, cuanto por lo broncos. Sino que para aprender esta numeración se necesita estudio y perseverancia, y aquí somos muy desaplicados e impacientes.

Así es que el indicar las calles por nombres y no por números es más necesidad que ranciera.

Y no somos tan católicos en apodos callejeros como en lo demás. Dos solamente de nuestras vías llevan nombre de santo, y eso por ser el uno futurista findemundo y el otro homónimo de lugar de batalla en la rebeldía contra la Madre España. Pero, como somos lógicos y devotos, dedicamos boticas a santos milagrosos para que no nos maten las recetas.

La geografía suramericana y la epopeya patria dominan la nomenclatura de calles y de puentes. Se ve nuestra tendencia a la sabiduría y a la gloria. El Palo, Bomboná, Juanambú, Caracas, Cundinamarca, La Argentina, Cúcuta, Bucaramanga, tienen por estas calles de Dios sus oficia-

les consagraciones. Confundimos en ellas ciudades con departamentos; nuestra nación con sus hermanas del sur. ¿Por qué esta pleitesía nominal con las dos capitales de Santander, cuando no se le rinde a ninguna otra de los doce departamentos restantes?

¿Será por simpatía con aquella tierra arrugada como la nuestra? ¿Será por llevar el nombre de aquel varón altísimo, héroe y legislador?

Conste, en fin, que el trazado de nuestra Villa es confuso; que Ayacucho y Carabobo, únicas a quienes no interrumpe vía alguna, son paladinas y triunfales como los hechos que conmemoran. Dicen libros muy sabios de filó-

Donde hay árboles y flores, aves y mariposas, fuentes y perfumes, sólo pueden sentirse nobles impresiones. Con la frescura y la sombra, el oxígeno y los murmurios, el espíritu se amansa, se difunde, para concentrarse luego en saludables meditaciones. Tal se recoge en la penumbra de una capilla solitaria el alma

sofos patagones, que el enredo material enreda los espíritus. Según eso, el alma medillinita debe ser una maraña. ¡Hasta lo será! Aquí no hay tipo ni agrupación que puedan encarnar esta montonera tan heterogénea. Ni el interés pecuniario, ni el amor al suelo y al trabajo, ni la misma verbosidad hiperbólica, son aquí generales. Sólo la autonomía individual puede sumarnos, porque aquí cada uno es Juan Memando y... ¡San se acabó!

Parques.

del asceta que a Dios le habla. De aquí el que los parques, esos como pedazos de campo entre las urbes, sean también higiénicos para el espíritu; que los espectáculos de la naturaleza, en vez de empa-

lagar cual los del mundo, nos repliegan en dulces y confortantes abstracciones. Estos festivos de la artista suprema insuflan en el cerebro otro oxígeno: el de la idea que flota en el éter como el hálito del Creador.

Por algo buscan el parque los estudiantes que estudian y los lectores que leen. Seguramente que aprenden más bajo la sombra discreta de un árbol rumoroso, que en el bullicio de un claustro o en las estrecheces de una estancia. Por algo se prefiere el campo para enseñanza y órdenes contemplativas.

Sentado esto, que ni sofisma parece, tendremos de convenir que los parques públicos habrán de ser más eficaces, mientras mejor produzcan la ilusión del campo, mientras menos artificios entren en su disposición y estilo; que

serán mejores aquellos en donde impere Naturaleza, con su armonía y hermosura inimitables. Aquel que fuera como un monte socolado, con sus senderos por donde surjan naturalmente, con sus piedras y sus matojos en cualquier parte, con sus fuentes corriendo por los cauces que ellas mismas se abran; ése sería, según este supuesto, el ideal de los parques. Sería la selva, entre la balumba de la construcción urbana: los monumentos del reino vegetal, entre la montaña de cantos y de tierra apisonada. A lo bello y peregrino del contraste agregaría el descanso de la forma y del color ciudadanos.

¿Cuál será la norma para estos bosques urbanos? ¡Vaya usted a saberlo! Para unos, lo simétrico; para otros, lo caprichoso; para los más, lo combinado. Imitar la naturaleza no es posible sino hasta cierto punto: hasta donde cese el alza y principie el cultivo. Un parque alzado se nos antoja muy hermoso, hasta con sus culebras y alimañas; pero lo urbano... es lo urbano.

Ignoramos si este estilo, no sabemos si inglés o japonés, de nuestros parques, será la última palabra en la materia. Pero esto de pretender formar de la copa de un

árbol una figura geométrica o de ave o de ángel, se nos figura una herejía luterana en el catolicismo de lo bello. Es como despetalar una rosa para darle forma de nido, de cazuela o de sombrero. Es hacer un monstruo, de forma impecable y característica. La silueta y la fronda de un árbol, con sus sombras, luces y mediantintas, según los accidentes del ramaje, apenas si alcanza a imitarla el pincel de un maestro.

Con todo, a muchos les gusta más lo artificial y contrahecho que lo natural. Mujeres de tez bellísima se la enjalbegan de pinturas, para desmentir una verdad de su hermosura. ¡Allá ellas!

De esto no se deduce que no quepan en los parques ciertos artificios: hileras de árboles, verbigracia, a la respectiva distancia, en razón de sus tamaños, bien sea para entrelazarlos, bien para destacarlos. Esto, que no es natural, produce un efecto y una perspectiva admirables, máxime si los árboles son de una clase. Algo análogo acontece con las enredaderas y trepadoras. Será este de los pocos casos en que el artificio ayuda a realzar la naturaleza. En cuanto a surcos y eras de bordes peinados,

afeitados y relamidos, habrá que hacer algún distinguo. Desde luego que esto es ingenioso, bonito si se quiere; con ello se puede hacer mucho letrero, mucha heráldica, mucho bordado; ello es propio para jardines interiores, acaso para parques reducidos. Pero, para parques extensos, donde todo debe ser magno y heroico, donde el conjunto y el golpe de vista deben consultarse, ante todo, no cuadran ni resultan estos bizantinismos de tijera y pinzas. Quedan como filigrana en obras colosales. Si la miniatura no está inmediata, ¿cómo habrá de notarse tan siquiera?

Algo de estos trabajos cositeros hay por estos parques de la Villa. Valdrán mucho por lo costosos; bien poco por lo estético. Hay, otrosí, una propensión muy marcada a plantar mucho arbolito deslucido y pímeo, efímeros al-

gunos, sólo porque se prestan a la deformación en esfera, en cubo, en cilindro, si no en mitra y en bonete. Esto abigarra y echa a perder el efecto de los árboles grandes y majestuosos, como la obra de lujo el pesetero que se le arrima.

El pino y el ciprés, a quienes hizo el Artista Supremo para erguirse soberanos en el azul del firmamento y señalar al cielo como índices del planeta, se truncan, se mutilan, se desvirtúan, para darles las formas consabidas.

En esta zona que prodiga a manos llenas galas y grosuras intertropicales, se buscan de preferencia para nuestros parques los árboles que menos decoran, tal vez por no ser aquí bien conocidos.

La palmera, soberana del Imperio Verde, es aquí casi desdeñada. Sobran

dedos para contar las que haya en estos parques. Ni la misma Palma Real, esa criatura hierática, insuperable, que sugirió a la Grecia su inmortal columna, es por acá bien socorrida.

Y ¿qué decir, ahora, del naranjo, ya olvidado? ¿Habrá en el reino de los árboles alguno que lo supere? ¿Cuál tuvo aquella copa y aquel follaje? ¿Quién tuvo una historia más poética y significativa?

En todo hogar va el naranjo vinculado a la familia, cual si fuese un penate protector. El toche desconocido y la nombrada filomela lo escogen para cantar a Dios sus alabanzas. Los cármenes de Granada y las orillas encantadoras del Guadalquivir cifran en el naranjo su poesía y su perfume. En toda égloga, en todo idilio, siempre el naranjo, porque siempre han pasado bajo su sombra deleitosa las grandes escenas de la vida: la infancia con sus ensayos, la juventud con sus amores, la vejez con su añoranza. Él sabe el poema entero de muchas existencias.

El símbolo ha consagrado su flor para representar lo más hermoso de la vida; la ciencia toma su fruto como símil del planeta; con sus hojas rinde tributo el pueblo a

Dios Sacramentado, cuando visita sus casas para santificar al moribundo. Y, sin embargo, no se ve en estos parques ni un naranjo, para remedio. ¡Te desprecian, los ingratos, oh árbol querido, por ingenuo y familiar! El Parque de Bolívar, con ser bastante hermoso en su conjunto, lo fuera hasta más sin ese arbolado céntrico que tapa la vista del frontispicio de la Catedral. Bien se ve que al disponerlo así no se previó tamaño inconveniente; bien se ve, asimismo, que esto pide a gritos una reforma, si no hoy, mañana.

Nos imaginamos una como un sueño oriental. ¿Por qué no exponerla? Es una avenida: hileras de palmas reales, hacia afuera; hileras de naranjos, hacia adentro; en centro, ancha calle bordeada de césped con rosales; y... pare usted de contar. Así mostraría su cara la Basílica; así luciría toda fiesta y toda concurrencia. Tendría aquello la magia de la perspectiva, de lo despejado, de lo sencillo.

En fin: cualquiera que sea la reforma, ¿por qué aplazarla demasiado? La Sociedad de Mejoras Públicas, que atraviesa la crisis civilizadora de la arborización, ¿no podría desde ahora cambiar lo planeado y, dejando lo mu-

cho que debe conservarse, hacer poco a poco la siembra y trasplante que la reforma indique? Parece que el Parque de Berrío reclama, también, otra reforma, muy poco costosa, por más señas: reducir los surcos para ampliar los senderos, demasiado angostos en la actualidad. Lo mucho que tiene de bueno y de escogido no luce lo que debiera con el amontonamiento de tanto matojillo ramplón. Parece que el parquecillo de San Roque merece encomio muy efusivo. Hacer en tan reducido espacio ese cerco tan gracioso como bien plantado, es una creación.

Nuestros parques, en fin, embellecen y ornan esta ciudad de claridades, donde todo luce. Nos regalan con sus sombras y frescuras, aquí donde el bochorno no nos deja sacar el genio alegre ni las enjundias cerebrales.

Ellas suponen, aunque a veces pasa lo contrario, lo principal de las poblaciones, en habitantes, movimientos y edificios. Tanto, que nacer en el "marco de la plaza" fue siempre la prueba magna de distinción y notoriedad, así entre las gentes lugareñas como entre las capitalinas; porque si en las aldeas sólo hay una, en las urbes tendrá de haber, entre muchas plazas, alguna más insigne que las otras; y este será, en tal caso, el marco para darse tono e importancia.

En las plazas no sólo zumban las moscas de que habla el tan mencionado Zarathustra; no sólo se vende y se compra, y trasiegan procesiones y rogativas, sino que en ellas pasa también gran parte de la historia de cada tierra o nación. En las plazas se bendicen las

Plazas.

banderas, esos trapos trascendentales que significan tantas cosas, que son como santos para todos, y guía y norte para el soldado. De las plazas parten las huestes defensoras de ideales y concreciones, y a las plazas tornan, más o menos victoriosas, tras las fatigas y mermas de la guerra. Son, entonces, lugares sacrosantos de plegarias al Dios Beligerante, o de apoteosis a los héroes que glorifican la patria o la causa.

En las plazas se agolpa el pueblo para implorar, si es gleba; para ordenar, si es amo. En tales casos son las plazas tribunales más supremos que las cortes. La palabra articulada; eso que dizque es la realeza del bípedo, cavernario en la escala zoológica, se deja oír en las plazas, no así en la algarabía de tratos y contratos, sino en solos que modula la oratoria, matiza el ademán y concierta la sabiduría. Entonces la plaza es más que un templo: es un Sinaí. Retumba el solo en el espacio; el eco lo repite para fijarlo en una nube; trueno y relampaguea el bípedo inspirado; sus congéneres lo escuchan estremecidos. No sólo ellos: hasta los peces y las aves, si los profetas son Antonios o Franciscos. Se verá por esto qué cosa tan grande

son las plazas públicas. Mas no por ello habrá de deducirse que una ciudad acumula mayor grandeza mientras más plazas contenga.

¿Con cuántas contará Medellín? Ni se sabe. Si por plaza se entiende un lugar amplio y despejado, más o menos geométrico, sólo tiene la de Boston, la de la Estación del Ferrocarril de Antioquia y un poco la de San Francisco. Las otras, o son parques, o son tan pequeñas, que tres cuando mucho podrán llamarse plazuelas.

Pero, en fin; hablemos de algunas, sean o no sean.

La de Berrío, un plano ligeramente inclinado, tiene en el centro, entre las frondas de su parque, cuatro fuentes y la única estatua, efigie, por lo menos, de esta Villa infulosa. Sus lados norte y oriente, de edificios de tres pisos, son modernos, casi monumentales. El de occidente, alternado de construcciones de dos y tres pisos, de viejo y de nuevo, afea la plaza algún tanto, siendo de los cuatro lados el de mejor nivel y el más aparente para edificaciones de arte mayor. El del sur representará por muchos años la moda pasada. No tiene ni el encanto de lo vetusto ni la novedad. Sus caserones de dos pisos y balcón corri-

do, muy esmerados y de buena hechura, sólo por puro lujo piden la reforma. Así y todo, la plaza presenta un aspecto majestuoso, con esta luz y este cielo radiantes, con ser que el frontispicio de la "Catedral Vieja" no es para imponer demasiado.

La poca o mucha historia que tengamos habrá tenido en esta plaza mayor algunos cuadros o escenas interesantes. Ella vio, por ejemplo, las huestes reclutas de Córdoba, poco antes del Santuario; ha visto muchas ovaciones de nuestras guerras intestinas, y hasta la figura espartana de Marucha Martínez, de épocas remembranzas.

La colonial plazuela de la Veracruz, situada una cuadra más abajo hacia occidente, debió de presenciar la publicación de bulas, la de pragmáticas reales, la de alcabalas, los ban-

dos y los exorcismos a plagas y epidemias. Fuera lo único de carácter verdaderamente histórico que mostrara el abolengo de la Villa blasonada. Cercaban su recinto unas columnas de piedra, unidas algunas por altos poyos, con cuatro entradas, coronadas todas de capiteles bizantinos. Era como el complemento de esa torre puntiaguda y negra, y de esa misma piedra construída. La yedra vestía sus pináculos, brotaba el liquen por las junturas de sus bloques, resaltaba adusta y sugestiva en esta ciudad de luces. En verdad que aquello tenía aire augusto de misterio. Pero alguna entidad progresista mandó demolerlo porque dizque estaba muy viejo. Parece mentira.

Por ahí, frente a la casa donde nació Girardot, erigióse el monumento al héroe, con su busto en el momento psi-

cológico de coronar el Bárbula. Tanto expresa, que hasta de día espanta.

Como cinco cuadras más abajo, allá cabe las vegas del Aburrá perezoso, demora la plazuela de San Benito el negro. Siendo como es la fundación más antigua de la ciudad, no da ahora ni una nota de vetustez. Su iglesia ha sido reedificada, y del cementerio, que quedaba a la izquierda, no quedan ni vestigios. Verdad que a la derecha ha surgido un monasterio; pero su estilo reciente y vulgar nada dice ni al corazón ni al espíritu. Era antes un lugar medio desierto, medio remoto, donde se sentían la soledad y el silencio; pero la edificación y el ferrocarril le quitaron su calma, con la abertura de calles y carreras. Así y todo, aún se puede rezar a mediodía y en plena plazuela.

La Plaza de Bolívar, nivelada como un lago, mide dos cuadras de norte a sur y una de oriente a occidente. Tres calles parten de cada lado largo. El norte lo llena la nueva catedral, destacada entre las dos carreras que de esa plaza arrancan. La calle de Junín, que principia estrecha y quebrada por allá en Guanteros, desemboca ancha y recta frente a la basílica, como pecadora que se enmienda para

dormirse en el Señor. Varios edificios modernos levantan sus paredes historiadas tras de los árboles del parque; otros, tapados por el ramaje, no se ven del lado opuesto. Al revés de San Benito, es este lugar mundano que a pesar de su templo tan enorme no convida a la oración.

San Francisco es plaza larga de norte a sur y ancha de occidente a oriente. La Universidad y el Colegio de la Compañía de Jesús campean altaneros, simétricos, iguales, a lado y lado de la iglesia, cual si fueran un mismo edificio. Andén anchuroso atraviesa todo el frente; altas ringlas de nogales más afuera. Fuentes, asientos, senderos. Plaza hermosa si las hay. De día, animadísima con la estudiantina y con la circulación de Buenos Aires al centro y del centro a Buenos Aires. De noche apacible, levítica, casi religiosa, como de encargo para peripatos de confianzas o meditaciones.

La "Plaza de la Estación". Ésta y el edificio Vásquez se miran frente a frente; él al norte, ella al sur. Ambos cubren orgullosos sus flancos. Ella, en su elegancia, en su armonía, habrá de reírse del burgués, a pesar de su altura. Los otros lados son feos, toscos, insignificantes. Mu-

cho embolismo, mucho vehículo, mucho mozo de cuerda, mucha trampa. Efluvios de carbón de piedra, de comistrajos de taberna. Todo muy movido y mercenario, muy publicano y muy caliente.

En ese piso, hoy profanado por la pezuña humana, se alzaba cuando Dios quería ese como colegio de vestales: la sacra "Calle de las Monjas". Ni una lápida las conmemora. Recuerdo, ¿dónde estás? Gratitud, ¿dónde fuiste?

Allá, muy arriba, no lejos de la histórica Quebrada, entre las calles de Caracas y Perú, florece, apenas en la infancia, la plaza afortunada de Boston. Su templo medio romano, bastante feo por cierto, está para terminarse. A las Benditas Ánimas se lo han erigido, para probar una vez más que la muerte es tan costosa como la vida.

Es un punto delicioso, de poesía y de frescura. En la plaza y sus cercanías albean, juntas o diseminadas, casas muy cucas, graciosas y simpáticas. El aire es tónico, cristalino, perfuma-

Los templos seculares ilustrados por el arte, por la leyenda y la historia, por los milagros y las ofrendas, por los sepulcros de santos y poderosos; por ese acervo de pormenores y eventos que el tiempo va acumulando, serán probablemente los que mejor ejerzan en el alma del soñador y del creyente el sortilegio de lo sobrenatural y lo divino. Consagrados están esos recintos misteriosos por el oficiar edificante de prelados esclarecidos y por la elocuen-

Iglesias viejas.

do. Un alegría tranquila y saludable habita por esos lados. Quien sepa ver y admirar váyase por allá una mañana azul o una tarde blanca, para que bendiga a Dios y a sus criaturas, ante el espectáculo de ensueño que desde esta plaza se disfruta.

1919

cia de magnos oradores. Consagrados están por las plegarias de tántas generaciones, por la purificación de tántas almas. Allí, donde se han fundido corazones predestinados en la hoguera del amor divino; donde Dios ha morado por centurias; donde por centurias ha corrido la Sangre Redentora, deberá sentirse más que en los templos recientes el pavor sacro, la crispatura mística ante la presencia del Santo de los Santos.

En estas breñas apenas conocidas; en estas colectividades en la infancia, donde aún se recuerdan los montes donde se levantan nuestras iglesias, que hemos visto surgir desde sus cepas, mal pueden desgastarse nuestros nervios, ni siquiera en Santa Fe de Antioquia, con estas frui-

ciones sacrosantas, por grande que sea la adoración al Dios Sacramentado.

En la región dilecta del Aburrá, donde el catolicismo hispánico alzó al punto su tinglado, no debió de contar en los tiempos coloniales con mayores recursos ni con adeptos suficientes, toda vez que los templos y conventos, base y prez de las conquistas castellanas, no fueron ni muchos ni muy grandiosos que se diga.

San Benito, la fundación inicial en esta Villa, era una iglesita más que humilde, acaso por ser su patrono de raza esclavizada. Debió de ser pajiza en sus comienzos. Su santo era más negro que el actual, tal vez para indicar que aquí manda lo mismo el Cáucaso que el Congo. Al tercer repuesto de patrono no es difícil que lo traigan canelo y medio zarco.

Negra fue nuestra alpha eclesiástica. Tal no será la omega; que la gama tiende a la blancura. Los españoles, al querer consolar a su gleba azotada, con la promesa de la gloria eterna, merced a su abogado africano, iniciaron esta democracia que había de suplantarlos. ¡Bravo por San Benito!

La parroquial de La Vera-Cruz vino en seguida. Torre de piedra verdinegra de un solo lienzo, que finge la silueta de un pino, con hornacina para la Enseña Adorable, mucho relieve y mucho pico. Si por fuera sugiere, por dentro no resulta: columnas de palo rudimentarias, toscas alfardas en el cielo encajado, altares broncotes de ladrillo con revoque escabroso. Todo sin arte ni gusto de ninguna especie. Hoy, como dama advenediza que se entona a la vejez, ostenta pavimento a la Tobón, asientos de buena hechura y algún pulimento en las paredes. Al menos se ve limpia esta vivienda del Señor.

En la década séptima del siglo de Voltaire fundaron los hijos de Francisco de Asís su iglesia y su convento, por allá en los ejidos altos, muy arriba de la rectoral.

No fueron tan franciscanos en estas fundaciones. Serán ellas lo monumental de la Colonia en este pedacito medio plano. Con ser que la piedra labrantía escasea por acá, emularon a la Vera-Cruz, con torre de perfiles ondeadados, con nicho para el santo y peristilo de columnas exentas, un tanto laboreado.

Por supuesto que los progresistas revocaron con cal todo el frente, cuando se farfulló la fementida torre del reloj. Los claustros anchurosos y en arcos, como todos los monasterios de aquella etapa peninsular.

El templo de donde salió el de Asís para entrar el de Loyola está hoy modificado, retocado y adobado, con ese estilo jesuítico, de perendengues y ríngorranos, que tanto pasma y enfervoriza a los cristianos.

Parece que allá, en tiempos de marras, tuvieron los frailes, en lo que hoy es plaza de Berrío, un humilladero o cosa así, precisamente donde ahora se empina el Edificio Hernández. Donde antaño se verían los estigmas prodigiosos, luce hogaño el caduceo de Mercurio. Algo va del mendicante llagado al negociante bandolero del Olimpo.

Una matrona acaudalada fundó, desde el siglo XVIII, el monasterio de la estrecha regla del Carmelo. Para veintiún almas cernidas en lo azul, es aquello un universo. Cien varas en cuadro mide aquel vergelillo cerrado con tres lados de muro liso, sin un solo ventanuco, y el oriental con portería y con una plazoleta que da entrada lateral a la iglesia. Tenía ésta, no ha mucho, un retablo churriguesco con muchísimo nicho, no poco rojo y bastante oro. No dejaba de tener su mérito; pero las reverendas madres, que también se embelecaron con el modernismo, sustituyeron el tal retablo con un altarico barato de orden gótico sencillo, madera barnizada y obra de carpintería.

Tenía enormes cuadros de santos guerreros a caballo, en marcos de tallas, magníficos y áureos; tenía buenos

frescos de flores y trofeos por cielos y paredes; pero todo lo quitaron, todo lo borraron, para poner aquel lugar de preces y cánticos monjiles como una estación de ferrocarril. ¡Oh filosofía del arte religioso! ¡Oh respeto por los documentos!

No tan mala la modernización del exterior, que nada perdía con la reforma: andenes sin tropiezos, aleros derechos e hilados, alguna parejura en las paredes. Por cierto que la de abajo ostenta enormes avisos de drogas y profesiones, con mucha mona y mucho pintorrajó. Cualquiera viajero que salga de la estación vecina por la vía aquella creerá, al leer tamaños reclamos comerciales, que aquel muro alquilado es de alguna fábrica de jabones o chocolates.

Por dentro dizque es hermoso aquel cercado hermético, donde se invocan las luces de Teresa de Jesús. Sólo Mosquera y sus secuaces tuvieron la dicha de contemplarlo.

La iglesia mayor, pajiza en sus principios, fue de ladrillo y piedra sin labrar, todavía en los tiempos de la Colonia. El monte de su cúpula, mucho después de la Patria

Boba y cuando ya nos mandábamos nosotros solos, fue un acontecimiento y un espanto, en esta Villa a quien hoy sólo asusta la pobreza.

Pues, señor: determinó la gente que aquello se caía; que ni columnas ni bastiones soportaban tanto peso; que había que dejarle para siempre la cercha y los soportes o demolerlo apenas acabado. Los placeños hicieron novenarios y promesas. Muchos creían que se venía al suelo, de pieza entera, como una mitra. Hasta la Gobernación y la Casa de las Monjas, situadas a una cuadra, estaban en peligro. Sólo las beatas desalmadas entraban a ese templo donde el Señor no quería vivir, para castigo de tantos pecadores.

El Padre Gómez Ángel, que a fuer de ingeniero intervino en la tal cúpula, le hizo cubrir los andamios interiores,

no bien los sustos principiaron. Él, que conocía la vida y la gente al derecho y al revés, aparentó por mucho tiempo participar de los temores. Por fuera no había andamios; pero por dentro soportaban. Cualquiera día el ladino sacerdote convocó al pueblo al atrio de la propia iglesia, y, con la frescura que lo caracterizaba, les declaró que no fueran animales; que hacía tiempo que había hecho quitar la cercha y que allí estaba el cimborio muy orondo. Y ahí está.

Aunque esta iglesia fue elevada a la categoría de catedral desde el 68, cuando se trasladó la sede de Antioquia, no tuvo por ello mayores componendas ni adquisiciones. Tan sólo el sagrario, que costó once mil pesos; el lienzo murillesco de La Inmaculada, que costó mil, y todos los enseres catedrales.

Hoy es un edificio harto mediano por su arquitectura, pero sólido y proporcionado. A éste, que nada tiene que conservar en su decorado y ornamentación, sí le cuadraría un retoque y pulimento en toda forma.

Donde hoy está la parroquial de San José hubo una capilla erigida a San Lorenzo. Pero el mártir asado en parrillas no se volvió a nombrar, ni siquiera por las panaderas. En ninguno de estos templos se conserva ninguna imagen ni objeto que valga la pena por su arte o su riqueza. O no había qué conservar o se ha perdido, enajenado o regalado. Tampoco ha habido Cristo ni santo milagroso que merezca mandas, peregrinas y exvotos.

Cuando se necesitan milagros, se traen taumaturgos de fuera: o el Señor del Hato Grande o La Chinca de La Estrella.

A los Padres españoles, acaso por las nostalgias, se les fue la paloma en aquestos andurriales: perdieron esa fe a las imágenes, si no a los imaginados; esa fe que encanta a los creyentes y da dinero a los santos. De aquí la pobreza de nuestras viejas iglesias. Y éstas fueron las fundadas y principiadas en la Colonia.

Quince casas cuenta el Señor en la ciudad devota, sin contar las capillas de los asilos y colegios, ni las iglesias de El Poblado, La América, Robledo, etc. Ya dijimos de las españolas; digamos ahora de las criollas, principiando por San José, la menos reciente de las diez.

Era, no ha mucho tiempo, tal y como aparece al pie del gran lienzo del Glorioso Patriarca, colocado en el camarín alto del tabernáculo, obra original del mismo artista tudesco que copió la Inmaculada de la Metropolitana.

Si como creación es buena, es mejor todavía como pintura: el alemán aquel sabía de dibujo y colorido, y más aún de términos y graduaciones. Será de lo mejor entre los pocos lienzos que por acá tengamos.

San José, una de las parroquiales de la ciudad, fue reconstruída no hace veinte años; pero a sus arquitectos y decoradores, si se inspiraron en los preceptos de San Basilio, no los asistió con bastante eficacia el espíritu, tal vez santo, de Buonarrotti; pero ni siquiera el numen ático del buen gusto. A su fachada, de estilo renacimiento romántico, de imponente silueta, buena disposición y

Iglesias nuevas.

notable hechura, la afean y desvirtúan el recargo heterogéneo de sus adornos y lo grotesco de sus evangelistas. Le vendría como de encargo una cura iconoclasta.

No fueron más felices en aquel interior amplísimo, donde hubiera lucido cualquier cosa de gusto y selección. En lo alto, a guisa de tribunas, recorre del altar al coro una como baranda suspendida, de palitroques macheteros, pintados cual los del techo de añil, añil rabioso, y de amarillo térreo. Encostra sus columnas atrevidas, de capiteles sin cabecera, un revoque arenisco, de colorcillo destemplado. Abigarras sus paredes una imitación crasa de serpentina, o algo así, partida en bloques y constelada de rombos. Sostiene cada columna tres repisas con estatuas

de santos policromos, de pacotilla europea. Cabrillean los ropajes historiados, de oro y de argento. Relumbran las vitrinas de sus ventanales, con sus imágenes góticas o bizantinas, entre follajes y emblemas.

Es aquello un estilo como tropical, de exuberancia y de balumba, donde los ojos no descansan. Sin cerrarlos no será tan fácil recoger el espíritu en aquel recinto de colorines y amontonamientos. Su altar, de forma elegante y construcción esmerada, flaquea también por la pintura. Posee una custodia artística, valiosísima, asiática, para la cual ofrendaron lo más opulento de su pedrería las damas acaudaladas de la alcurnia. Se debe tal piedad y tal presea a la iniciativa del nunca bien llorado Correal, sacerdote de Cristo si los hubo, querido con fanatismo por fieles

e infieles. Muchísimos caben en este templo de frecuentes y pomposas solemnidades.

Vinculado al corazón del medellinense por las preces en ella levantadas, por los sacramentos en ella recibidos, está la iglesia de San Juan de Dios, anexa al hospital del propio santo, en barrio céntrico, de familias antiguas y timbradas. Desde el altar a la espadaña tiene el encanto de lo humilde, de lo sencillo. Ahí brilla el aseo, ese lujo del pobre bien nacido, que sugiere algo como salud del cuerpo y salud del alma.

Menos modesta en construcción, acaso por más reciente, es la iglesia del Nazareno, que demora al norte. Su fachada, de columna y atrio, es graciosa, armónica y medio clásica. Favorece al edificio el lugar despejado donde fue erigido: esa carretera tan plana, tan arbolada, por donde vuelan los automóviles y el polvo se arremolina. Mas no alcanza a empañar los muros bendecidos: allí albean como un llamamiento a la unión, en ese barrio de habitaciones tan dispersas, en partes pecador, en partes justo.

San Miguel, en la colina de los Ángeles, por las faldas del nordeste, encajonada en el cercado del huerto y

de la casa del capellán, da una nota aldeana de simplicidad y poesía. Sus campanas, que retañen en la altura francas e ingenuas como risas de niños, convocan a todos esos gremios, mitad rústicos, mitad urbanos, de Villahermosa y de Versailles, de Santa Ana y de Majalc. Por el servicio que presta, por la comunicación entre el Creador y sus criaturas dilectas, vale tanto como cualquiera otra iglesia magna, si no más que ella.

Es aún más campesina y apartada la iglesia de Loreto, si de mejores materiales y construcción. Culmina atrayente y simpática en el remate de su barrio, sobre uno de los altos de oriente, muy arriba del monumento al Salvador. Allí habita la Virgen veneranda, posada muy tranquila sobre el caballete de su casita voladora, arrullando al Niño Dios en su regazo, lo mismo que en su aldea de Judá. Pero el Esposo tutelar está ausente.

San Antonio, iglesia de su convento capuchino, en el barrio viejo y novenero de la Barranca Media, es como cofre de ámbar y marfil. Flamante, lustrosa, forrada toda con placas norteamericanas muy labradas, embaldosada con losas de cándidas labores, con altares esbeltos y

pulidos, con ángeles hospitalarios que brindan el agua bendita en conchas nacaradas, es la iglesia adecuada al taurmaturgo de Padua que vela por la pureza de la infancia y da a la virgen cristiana el esposo que merece.

San Antonio es uno de los poemas vivientes más hermosos y peregrinos de la naturaleza humana vivificada por la gracia; es un ensueño.

Este sér dulce e inocente que pasa por la vida sin que el fango del camino lo salpique, y que vive en un árbol como ave de los cielos; este hombre a quien escuchan absortos los pececillos y monstruos del Mediterráneo; que amansa enfurecidos elementos; que sana lo incurable, sólo con su patrono de Asís podría equipararse. A él baja en comunión extraordinaria el Niño de Belén, desde el empíreo; baja a santi-

ficarlo con sus caricias y a consagrarlo con su beso.

Nuestra Señora del Sagrado Corazón glorifica con su augusto clasicismo el paseo de Buenos Aires. Su estilo gótico del norte parece muy castizo y bien interpretado; su ejecución es perfecta y su interior levanta el alma.

¡Oh ave universal, hogareña y campesina, juguete de rapaces y alegría de labriegos! El hombre simboliza en ti la cobardía y poquedad del ánimo; el hombre te paga con lo que tiene: escarnio, ingratitud, olvido. Son sus mejores recompensas. Tú lo entiendes así, porque eres buena.

Con tus productos, germen de tantas generaciones tuyas que no fueron, sostienes muchas humanas, desde que Dios te hizo. En tus productos se glorían la química de la gula y los refinamien-

tos del fogón. ¿Quién lo ignora? Mas no todos suponen, ni tú misma acaso, que con ellos se levanten templos a la Divinidad.

Y se levantan, en efecto: con tus productos providentes, pedidos uno a uno por las publicanas de la piedad, se ha erigido en la plaza de Boston, la de los bellos horizontes, un templo a las Benditas Ánimas. Antes de un mes estará ahí el Santísimo. Él y la Virgen del Sufragio mediante. ¡Mira cuán hermosos este culto y esta eficacia por los muertos! ¡Mira, oh ave, tus apoteosis en la arquitectura y en la religión; mira cómo alabas a Dios, tal vez por siglos!

El templo romanesco, a la manera itálica, extenso y ejecutado con primor, nada tiene de triste ni de fúnebre: es alegre al par que serio, de mucha lindeza y proporción. Su decorado habrá de ser áureo como el fuego, albo como la purificación. El purgatorio, con sus penas y tormentos, es el pórtico para entrar al cielo. ¿A qué, entonces, tintes funerarios?

La Catedral Nueva es objeto de contradicción en Israel. Quién la tiene por muy pesada y de mal gusto; quién,

por una obra intachable. Esto probará que no es una fa-pigmeo. Domina el panorama de todo briquilla cualquiera. Su ejecución es irreprochable. Al en-punto que se contemple. Si es bandera, trar en ella parece de un tamaño común; sólo al reco-ningún soldado dejará de mirarla en el rrerla se pueden apreciar sus dimensiones; tánta es su combate. Si es columna de fuego, guía-auritmia. Su estilo romano-normando, de mucho muro yrá a su pueblo a la Jerusalén indes-pocos vacíos al exterior, ofrece el prestigio de lo severo, tructible. Si nada fuere, poco importa de lo despejado, de lo grandioso. Su ornamentación so-a los eternos intereses de las almas. bria, casi austera, halaga el sentido de lo exquisito. TanAnte Dios son arenas las cumbres de imponente es su frontispicio como su ábside. De frente, mármol, las artes soberanas. Corazo-de perfil, de soslayo, por dentro, por fuera, de cerca, denes de justos fueron siempre sus tem-lejos, inspira siempre la fuerza y la sencillez del cris-plos predilectos, y justos ha de haber tianismo. Es monumental, enorme: ante ella todo se ve hasta el final, porque Él lo quiere.

Alabemos al Señor porque mandó a las aguas que bajasen por estas serranías para que beban y se laven sus criaturas; para que fertilicen sus campos y limpien sus poblaciones. Bendigámosle de rodillas por tántos beneficios y mercedes. Las aguas le obedecen alegres, siempre fieles, siempre agradecidas, en su mi-

Aguas.

1919
sión providente que trae a los hombres la ventura. Aquí manan sosegadas, acá saltan impetuosas; allá discurren serenas, acullá se adormecen, cantando unas, rezando otras su salmo sempiterno de amor y

de oblaciones. Estas que se derraman por las cumbres de oriente bañan, a una con el río, la ciudad favorecida. La bañan desde las pendientes de Granizal hasta más allá del barrio de El Poblado. La bañan por las cumbres de occidente para beneficiarle sus vergeres de Prado y de Belén, de América y Robledo.

El pueblo, más soberano en geografía que en política, bautizó estos raudales con nombres inocentes de su cosecha, y con ellos se han quedado. Ni apellidos de hombres ilustres ni lugares de batallas han sido poderosos a cambiarlos. Muy lógico: muertos y tradiciones; costumbres hacen leyes.

¡Y qué nombres! “El Mico” y “El Ahorcado”, “La Iguaná” y “La Corcovada”, “La Presidenta” y “La Poblada”, “La Chaguala” y “La Espadera”,

“La Loca” y “La Gallinaza”, “La Aguacatala” y “La Canguereja”. Todas estas y otras más que surgen de estas bifurcaciones andinas dan vida al centro, a los suburbios y a los casales circundantes de la capital antioqueña.

De tiempos atrás han tomado para el servicio urbano lo mejor y más limpio de estos riachuelos, ya el Municipio, ya particulares, con los acueductos de Santa Elena, La Ladera y Piedras Blancas.

De este casi río que corre muy tranquilo en su meseta para despeñarse luego, se surte con abundancia y calidad el gran acueducto construido últimamente por la municipalidad, y ya repartido en parte por férrea tubería. Su caída recta, rígida, techada por uno de los morros del noroeste, relumbra al sol y al plenilunio como filo de alfanje que fuese a atacar el flanco.

Y no tanto lo que corre por afuera cuanto lo que discurre por adentro: el agua, que es la sangre de la tierra, circula por esas faldas y hondonadas, febricitante, pletórica. Dondequiera que se ponga el sifón de una bomba salta como de arteria rota. Tánta opulencia apenas si basta a este vallecillo donde da fruto el cocotero, donde hace

culebrinas el éter inflamado y prende sus estufas la canícula. A no ser por el agua salvadora se agostarían esta cuenca, que ni mata de malva al resistero. El agua ha de guardar toda la vida a su dilecta Villa; habrá de acariciarla como ahora.

Ella le baila con sus airones de cristal hilado en las cimeras de sus fuentes públicas; le borbolla sus chorros en las esquinas de los arrabales y en las estaciones ferroviarias; le desmelenan su cabellera por los barrancos; le cruza el prado y el camino; le fecundiza aradas y arboledas. Calladita, en una conspiración de cariños, le acude por dondequiera a constituirle, con el fuego, la dicha de este hogar tan decantado. Allí donde arde, donde está lo esencial de la vida y la familia, allí es su centro. De él sale y a él torna; pues siendo sangre no ha de obrar distinto del corazón y del mar. Del centro va al lavadero y a la alcoba, al patio y al jardín, a las pesebreras y al baño. Allí canta la gloria de la casa mientras el humo sube. Signos de familia serán siempre humo, luz y rumor de agua. Mas no son las encauzadas por la industria humana ni las de grandes caudales las que más sirven a

la ciudad y la embellecen; esos hilos sin nombre, sin cauce ni programa, que hoy surgen y mañana se pierden; esas aguas que a nadie dañan, que nadie nota, presentan en todo confín de barrio, en todo rincón solitario, el cuadro hermoso de la pobreza que sirve a los humildes y a los brutos. Por cualquier parte brincan, por cualquiera brotan, por cualquier parte hacen charcos, donde modulan al caer pausado de sus gotas voces gemebundas de ocarina. La rapaza andariega se para a escucharlas: ¿qué será?, ¿será un encanto?, ¿será una "ilusión"?, ¿será la Madre del Agua que la llama?... Sí; ¡ella es! Es castigo por no obedecer a la suya, por no quedarse en casa. Y torna a su rancho desalada.

Estas se detienen en el llano para formar la ciénaga donde retozan y cha-

pucean los chiquitines de la mendiga. Aquéllas se estancan en charcos verdinegros donde medran los juncos y chillan los renacuajos al despedirse el día. A veces amagan por entre la grada, como riego de lágrimas; medio se arrastran, medio se deslizan, para que giren en su vapor las mariposas, en este el único baño que resiste su endeblez etérea. A veces logran, al juntarse unas con otras, formar caudal sonoro y fugitivo; y viene entonces el perro vagabundo, y se sacia en la linfa generosa; y viene el granuja huído de la casa, y se zambulle en lo más hondo; y viene la moza del ejido, y planta el lavadero, y canta y estriega y aporrea.

Entretanto, las aguas ciudadanas y oficiales copian en sus corrientes empañadas los árboles y lados de su ori-

lla, o reflejan en locos garabatos el vuelo centelleante de algún auto.

Y, ¿quién no se baña aquí, con tantas aguas? El baño es en esta tierra algo como un rito sacratísimo en la religión del deleite. ¡Y qué fruición! ¡A ser pecado fuera el vértigo! Manú, Confucio y Mahoma se lo ordenan a sus respectivos fieles. ¡Bendito sea el Padre Astete que no lo mienta para nada! Si nos lo ponen por precepto, hasta de suciedad muriéramos, con ser el baño la única virtud verdaderamente voluptuosa.

Los medellinenses, ricos, pobres o quebrados, cifran en el baño de sus casas uno de sus timbres más brillantes. Aunque muchos lo tengan bajo techo, junto a los aposentos y en bañaderas opulentas, no dejan de construirlo, como en toda casa, al aire libre, al sol de Dios o a la sombra de enredaderas y rosales, por allá en un patio hermético y tranquilo.

El agua a cualquier grado, el chorro, la ducha, la inmersión, arbustos, flores, perfumes, azul y nubes brindan en estos recintos familiares con las delicias del edén perdido. El pobre tan sólo alcanza para sus albercones y co-

lumnas, a tubos y tapones ordinarios, al ladrillo común y al cemento, y cuando mucho a baldosines del Carmen o de Caldas. Sus baños son más o menos como el de los sirvientes de las casas ricas. Lo que es en éstas se gasta a todo taco en esos santuarios orientales levantados a la blanca deidad de los favores.

Vaya el recuerdo: cascadas artísticas de pedruscos abruptos, sembradas de helechos y parásitas; recipientes enormes de formas primorosas; mosaicos y lozas norteamericanos; grifos y perchones niquelados de todo tamaño y graduación; revestimientos por suelos y paredes; tocadores de mármol auténtico; columnatas, máscaras, relieves... en fin, todas las paradas de ricachones fastuosos e invencioneros.

A los baños públicos centrales, algunos bien servidos y confortables y todos a precios módicos, acuden por centenares las gentes trashumantes, los que viven muy lejos, si no los noveleros que buscan variaciones.

Los baños de las afueras, muy frecuentados por la mocedad del rumbo y la alegría, convidan con sus puntos, y más que todo con el aditamento de cantinas y billares, y

hasta con la plaga hórrida de las pianolas, menos obsesionantes en el campo que en la urbe.

Y no sólo musiqueos de mecánica constituyen el reclamo: allí se encuentran casi siempre estos cantores populares que por acá nos embelesan. Al són de guitarrones y de triples rasgados con donaire, hacen sentir algo entrañable, con esa voz de negro o de mulato, que tiene un timbre extraño, un dejo de melancolía y añoranza que se va muy adentro. ¿Por qué cantan tan tristes estos muchachos? ¡Quién lo sabe! Dijérase que por procesos misteriosos de esta psiquis humana, desconocida todavía, conservan en la suya de hombres libres, algún sedimento de la nostalgia sin segundo de esa raza africana, víctima de la iniquidad más tenebrosa que en el mundo

ha sido. Claro que en esos casos, complicados con bureos y cantorios, habrá de costar el agua. Mas sin combinación alguna, ¿qué cuesta el agua en Medellín?, ¿qué el aseo?

Si le faltare al proletario mísero un arroyuelo cercano, ahí tendrá en su barranca cualquier cacharro y un cuenco de totumo para chorrearle al pobre cuerpo trabajado el agua sacrosanta del Señor. No le faltará, tampoco, a la menestrala prolífica cómo lavar los gui-

Tras el clangor estridente de los gallos, que contestan uno a uno de alquería en alquería, se oyen, dulces e ingenuas, con tañido aldeano, las campanas de San Miguel de los Ángeles. Son las prime-

ñapos de la familia. ¿Qué habrá de costarle la lejía? Muy infeliz, arrastrada, muy de la piara inmunda habría de ser la plebe si, en este valle del agua y del bochorno, no se ablucionase cada día.

Pero se abluciona. ¡Alá lo sabe! Si remendada, si pobre, no se la ve astrosa. Bien puede asesinar a un justo de alguna puñalada; pero a nadie infecciona con emanaciones ni con roñas. Este envenenamiento involuntario podrán ocasionarlo otros, tal vez de clara estirpe; mas nuestro pueblo... ¡nunca!

¡Bienaventurados los limpios de cuerpo y de trapos, porque sólo difuntos serán fétidos!

Ermita.

ras de la ciudad que saludan a María; las primeras que convocan y piden las oraciones iniciales del alma. ¿A quiénes llaman? No será a nosotros, aves rastreras que no volamos en lo azul; que no tenemos horizontes; que sólo acudimos al pérfido reclamo que, para hacernos caer en sus celadas, nos tañen a cada paso

las concupiscencias, los devaneos y los intereses materiales. ¡Pobres aves! Seguras y todo del engaño, acudimos ansiosas al silbo aleve de la tierra.

¡No somos, pues, de los llamados! La campana medio campesina de la ermita habla con los buenos, con los sencillos, con los felices. Llama a esas almas que en la fe se dilatan, que miran siempre al cielo, que en el cielo cifran su destino y la solución de sus luchas terrenales.

Gratas han de serle a María las preces que suben hasta Ella en esas horas matinales: son las primeras alabanzas del día, los primeros efluvios de un corazón que despierta; son la aurora de un alma.

Refrigeradas con el rocío de las consolaciones que sólo esa Madre de Dolores sabe darles, emprenden esas almas la lucha cotidiana, serenas y valerosas. Arrecia el huracán, se desata la tormenta, el barco cruje y va a hundirse... ¡No importa! Naufragio o salvamento... ¡Lo que quiera el Cielo! No rezan el Padrenuestro por rezarlo. Dichosos seres que el mundo desconoce, que el mundo no sospecha, que viven encerrados en sus vergeles interiores. Para vosotros se ha hecho la ermita de San Miguel de los

Ángeles. Allí se recoge el espíritu en la paz y en el silencio. En esa humilde fábrica que nada vale en el arte oficial, se siente a Dios; y las oraciones salen espontáneas del fondo de los corazones, como el humo perfumado de las llamas del incensario.

Todo es un cuadrado de tierra que demora al nordeste de la ciudad, en el suave declive de una falda. Por su amenidad han llamado a ese punto "La colina de los ángeles". Del costado sur y del oriente y nivelados al efecto, están la casa del capellán, la ermita primitiva, y la moderna, no terminada todavía. Por el lado opuesto se inclina un tanto el terreno hacia el noroeste para que asomen mejor, por sobre las tapias del huertecillo, los aguacates enhiestos, las copas del naranjo y el inquieto follaje del platanero. Enmar-

can estos verdores una caseta o dependencia con vistas hacia el norte, que le da a ese conjunto, entre campesino y urbano, cierta nota graciosa de pesebre. De la parte central se levanta un edificio de dos pisos, con planta en cruz griega. Sus testeros, sus balcones corridos, miran a los cuatro vientos, cual si aquello fuese un punto estratégico de observación. En el centro de todo culmina airoso un pabellón cuadrado, y en su pináculo se alza siempre al cielo la Insignia Santa que se adora como a Dios mismo.

Por su carácter, lugar y efecto de colores; por la agrupación caprichosa y como al acaso, de caballetes y buhardillas, de salientes y entrantes, ofrece esa ermita asunto precioso para un paisajista. Desde el Majalc alto, resulta hartamente interesante y sugestiva.

Pero no es esto lo más y lo mejor: aquella construcción tan ingenua; aquel recinto tan humilde, tiene, en su misma sencillez, en su misma pobreza, tanta poesía y elocuencia tanta, que el señor moral, sobrecogido y suspenso, siente ansias misteriosas. Siente ráfagas de una existencia que no define y que, no obstante, es muy otra, muy diversa a esta obstrucción que nos asfixia. Se siente una simplicidad, candorosa al par que austera, que parece redimir el corazón de vínculos groseros y liberta el espíritu de los prestigios de la quimera.

Se comprende, entonces, que el alma no está muerta; que si la morfina de la culpa la tiene inerte, las alas ataridas, maculado el plumaje, en la atonía letal, aún vive, aún alienta. ¡Acaso podría volar a regiones excelsas y luminosas!

A la vez que este orden de ideas se apodera de la mente, éntrase a lo más hondo de la fantasía, embelleciéndola y magnificándola, el panorama esplendoroso que desde la ermita se disfruta. Dijérase que se le ha buscado tal situación para que, por la belleza de aquí abajo, se deduzca la belleza de allá arriba. En verdad que si este pedazo

de los Andes que baña el Medellín tiene algún nexo con el cielo, detrás de ese dombo indecible que cubre el pedacito debe estar precisamente la patria de los bienaventurados. Tanto así obliga a la fantasía semejante hermosura. ¡Ved, si no! Toda la circunvalación de montañas que encierra este valle; toda íntegra, con sus perfiles mórbidos o angulosos, lisos o abruptos, con sus vaguedades y gradaciones, con sus mil ramales y sus mil caprichos, se ofrece desde aquí a la admiración de quien sepa contemplarla. Se le ofrece la planicie con los tres morros que la interrumpen, con la gentileza y matices del cultivo; con tanto árbol, con aquellos setos, con esos plantíos de caña que, entre los sauzales hilados y tristes, semejan lagos de aguas hechizadas, lagos de alguna leyenda escandinava. Se le ofrecen villorrios y cortijos, residencias suntuosas y casitas de labriegos, medio ocultos unos y otras por la fronda exuberante. Se le ofrecen los trenes cual reptiles apocalípticos que, en su furiosa carrera, arrojan de sus fauces el vaho caliginoso que va a arrasarlo todo. Se le ofrece la urbe, con sus languideces y sus letargos, lo bastante próxima para detallarla, lo bastante apartada para idea-

lizarla. Allí está, entre nogales y palmeras, entre ceibas y acacias, entre mangos y pomaredas; ahí está con sus colores radiantes, con su densidad central y sus barriadas dispersas por doquiera. Como el hombre del Bárbula, corona las alturas sin aflojar un instante la bandera de su belleza. ¡Qué aflojar! Mientras más sube, más se transfigura. Lástima de Tabor.

En San Miguel habita su anciano capellán, un varón de virtudes, uno de esos dichosos y aludidos. Allí sirve a Dios y al prójimo, entre sus libros, sus oraciones y sus flores. Y sirve mucho, porque la ermita no es un lujo de piedad, una fantasía de gente devota, como muchos se lo suponen. Las necesidades de los fieles la han creado, y presta los servicios de cualquiera otra iglesia. A ella acuden a recibir los sa-

cramentos y a oír la misa todas las gentes de Versailles, de El Redondo, de la parte alta de Majalc, de Santana y de otros puntos aledaños.

A más de los vecinos, acuden los domingos todas las familias de la ciudad que ocupan siempre las casas de recreo, diseminadas por esas laderas. No basta a los asistentes la reducida nave, y, en tales días, oficia el capellán a la puerta de la ermita y los fieles bajo la cúpula del firmamento. Tal es la aglomeración que se divisa desde el valle

como castillo construído con fichas de dominó. Vosotras, almas blancas, almas redimidas que alabáis al Señor en las "obras de sus manos"; que le oís en el silencio; que le buscáis lejos del mundo, venid a "La Colina de los Ángeles", una mañana azul o una tarde áurea. Allí, en medio de aquel reposo campesino, ante ese cuadro de sus magnificencias, podéis hablar con Dios en la santa familiaridad que Él os reclama. ¡Podéis elevarle vuestras plegarias y la oblación de vuestros pesares y vuestras alegrías, de vuestras derrotas y vuestros triunfos.

Vosotras, que moráis en las alturas, acordaos, entonces, de estas almas hermanas, que nos hundimos en la tierra.

23A7

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL
CASA DE CULTURA
CARRASQUILLA

T O M A S

C A R R A S Q U I L L A

FAES

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100181088

